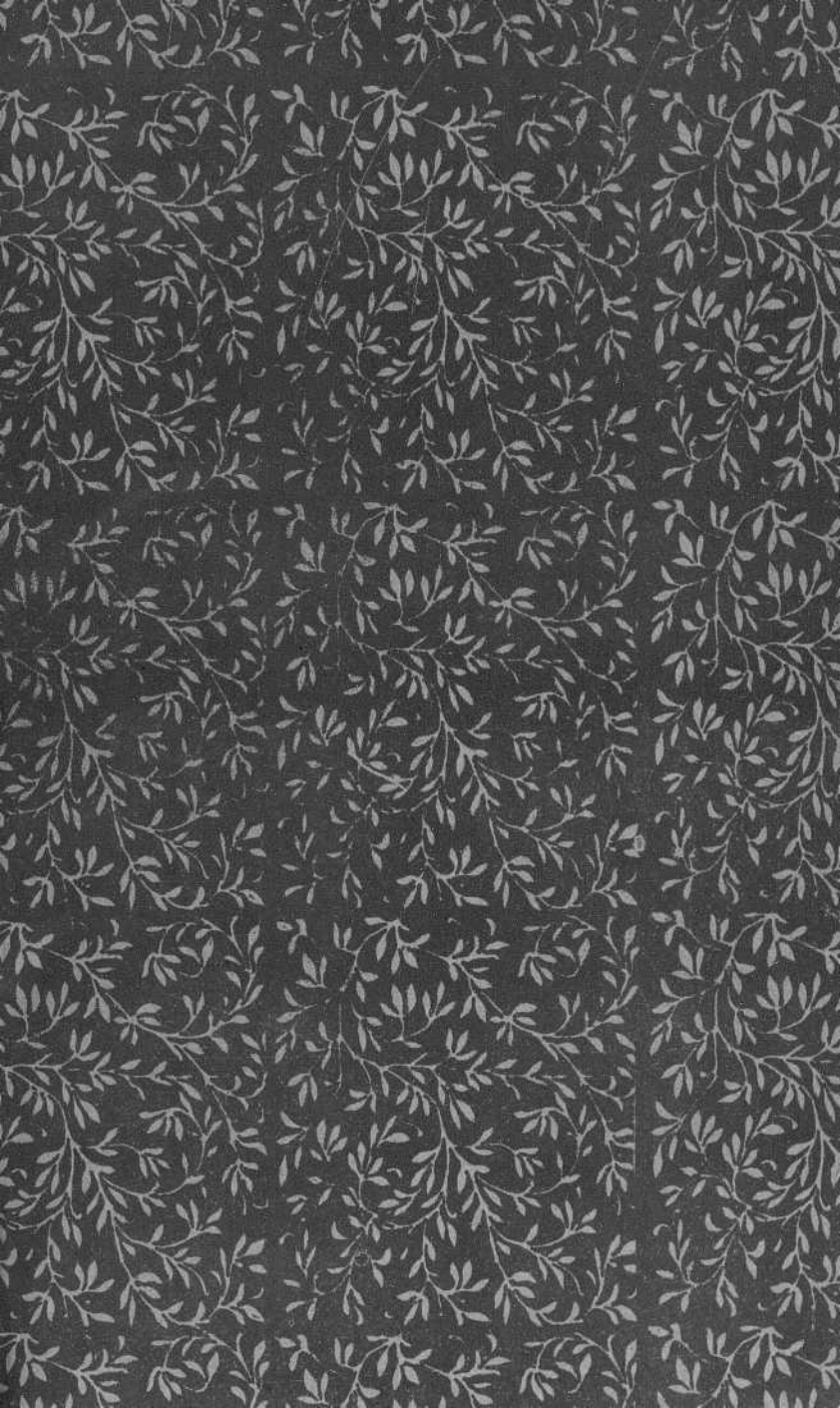


IXA
ONDA
ERIA

6.





RAUL BARAHONA.

La 2^a. de Feria



Barahona

LA SEGUNDA DE FERIA

LA SEGUNDA DE FERIA

d

RAÚL BARAHONA

LA SEGUNDA
DE FERIA

(NOVELA)



LIBRERÍA E IMPRENTA
EULOGIO de las HERAS
SIERPES, 13.—SEVILLA

LA SEGUNDA

DE FERIA

ES PROPIEDAD

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Rodríguez, Giménez y Comp.^ª - Sevilla

I

Ya hacía algún tiempo que las primeras claridades del día habían hecho palidecer la de los mecheros de gas; empezaban los establecimientos a levantar sus cierres metálicos con gran estrépito; a resonar en la calle las toses acatarradas de los trabajadores y empleados que se dirigían a sus ocupaciones, las risas de las muchachas que marchaban, bien en dirección de la Cartuja y de otras fábricas de cerámica allí establecidas, o de las que se encaminaban a toda prisa hacia los talleres de Sevilla. Poco a poco íbase llenando el puente de transeuntes en constante ir y venir, las lanchas y botes atracados debajo de aquel, empezaban también a soltar sus amarras para comenzar su penosa tarea, y no tardaron en aparecer los primeros tranvías, que

haciendo resonar fuertemente sus timbres, pedían vía franca, ora al calmoso carretero, ora a los más distraídos y confiados caminantes

—¡A la rica ensaimá, el buen bollo de leche!—gritó con voz cascada inarmónica, casi agresiva, la señá Manuela la *Encajera*, asomando en la puerta de la «Alegría» una de las tabernas más populares del barrio de Triana.

—¿Quereis argo?

—No señora—contestó Rafaelillo, que con los puños de la camisa remangados hasta el codo, descansaba tranquilamente junto al mostrador.

—Eso me dises cuasi tóos los días, nene...

—Y qué curpa tengo yo de que no llegue usted cuasi nunca a su debío tiempo?

—Pos hijo no será por no madrugar...

—Pa que usted vea y luego disen que al que madruga Dios le ayúa.

Un cuerno!.. De toas maneras voy a esperá una miajilla.

Siéntese usted que ya pronto empesará el ajetreo.

—¿Tardará mucho en estar eso en su punto?

—Ya mismíto—le contestó Rafaelillo, a la vez que levantaba la cobertura a la dorada cafetera.

—Ea pos alijera.

Poco a poco empezaron a entrar en la taberna los más trasnochadores y más ma-drugadores de la parroquia y al rato estaba llena la «Alegría» de las más ilustres personalidades del pintoresco barrio.

—A ver—dijo con voz que estaba pidiendo a voces un reconocimiento laringoscópico, dirigiéndose a Rafaelillo, el señó Paco el «Arruga»—a ver si echas dos mellizas de la que arden en cuantito sienten mentar que vie er verano.

—Y a mí me jases tú er favó de avisarme en cuantito que comiensen a jervir eso —exclamó el señó Emeterio el «Berrinches», hombre de ya alguna edad y pronunciadísimo abdomen. Y repantingándose después en el gran sillón donde solía echar sus renques el señó Juan, dueño del establecimiento y tío de Rafaelillo por línea materna, extendió las robustas piernas, descansó las encallecidas manos sobre el

pecho, se colocó el delustrado *cordobés* a modo de pantalla sobre los ojos y minutos más tarde, un imponente ronquido anunciaba que acababa de entrar en los umbrales del sueño uno de los más gloriosos representantes de los ternes de Triana.

No tardó en oirse el silbato de la cafetera anunciando estaba ya terminada la infusión de aquel falsificado moka y entretenido en servir a aquella numerosa clientela, se hallaba Rafaelillo cuando penetró contoneándose gallardamente un nuevo y pintoresco personaje. Era Maolillo el «Virutas», un chaval alto y esbelto, vestido con achulada elegancia, el cual deteniéndose delante del sobrino del Sr. Juan, y plantándose de un *chorlitazo* en la coronilla el amplio y lustroso sombrero, le dijo:

—¿Sabes tú a lo que vengo yo esta mañana a tus cubriles?

—Pa mí, que no vendrás a que me jaga yo der Somatén...

—No señó, que no vengo a eso, que a lo que vengo es a conviarte pa que pase-mos er día juntos, que quieo selebrá a mi gusto la pajolera hora que te tomé voluntá na mas que llegastes de Villarrasa...

—Ojalay que pudiera dir—le contestó Rafaelillo, mirando a su tía que ya levantada ayudaba en el mostrador a su sobrino, aparentando no oír el diálogo de ambos amigos.

—¿Y por qué no vas a poer dir—le preguntó Maolillo frunciendo la frente.

—Pos ya tu ves, porque hoy domingo carga aquí más gente que aviones trae er verano

—Eso no l'hase—dijo en aquel instante la señá Rosalía, tía de Rafaelillo—hoy nos arreglaremos solos yo y mi don Cataplasma y tú te vas a divertí con este malita persona.

—Olé por la señá Rosalía—exclamó Maolillo alborozado.

Rafaelillo sonrió mirando a su tía alegremente: en todo el tiempo que llevaba en Triana, apenas había salido de los límites de la calle de San Jacinto, no obstante el afán que sentía de lucir el terno de seda cruda con que algunos días antes le hubieron de galardonar sus tíos, pensando sin duda que no era para ellos cosa digna, que siendo aquel mozo de su propia sangre no tuviera para el día en que se le ocurrie-

se dar un paseo, los trapitos indispensables para no hacer mal papel entre los muchos amigos que contaba ya entre la gente del barrio.

—Ea, pos aligera y jatéate de chipén pa que nos cojamos der brazo y presumiendo de garbosos nos vayamos a Sevilla y allí tomemos café y no esa porquería con que tú nos ensusias el estómago toitas las mañanas, y así que hayamos tomao er café y una copita o tres copitas si se tersia, nos vamos a la pará de la Plasa Nueva y allí le tomamos al *Caratusa* su coche, que es el mejor de los que ruedan por esas calles y hasta si le poemas dar coba le hasemos que se ponga la librea que tié pa cuando le avisan pa una boda; en dispués ya estamos tirando pa la Venta de Antequera y en cuantito que lleguemos ya le estoy yo mandando recao a Carlitos que es un buen amigo mío y ya tú verás qué almuerzo ha-se que nos preparen. Como allí no mos vamos a estar papando moscas, pos tan y mientras, nos metemos en uno de aquellos cenaores que están llenitos de jazmines y tan y mientras llega la hora de almorsar nos tomamos unos cuantos chatitos y a es-

perar se ha dicho a que llegue Carmen la «Clavellina» y su madre a quien yo convíe ayer tarde pa que tú las conosieras y me digas aluego si es o no es canelita fina...

—Pero es que tú...—interrumpió Rafae-lillo.

—Vamos a vé si no eres tú mar pensao y galopas una miajilla menos; que si yo conozco a esa mujé, no la conozco de na malo, que naide pué desir ni tanto así de ella ¿tú te enteras?... si yo la conozco, es porque fué hermana de un buen amigo mío, que murió er probe con el gaznate abrasaito por haber ingerió durante toa su vida tanta cantiá de ese veneno que dais tóos ustedes por aguardiente.

—Me parese a mí que ahora eres tú er que has dao toa la marcha ar motor ..

—Y a mí me parese que vas tú a ser e automóvi de Insendios en quantito te echas a la cara a esa mujé.

—Tan guapa es?

—Figúrate tú, una gachí con unas jechuras que paresen que se las tornearon los ángeles, y una carita morena que da el opio y unos *sacais* que si se arriman a un porvorín vuela jasta el sentinela; con una

nariz que es un canuterito de plata y una boquita granate que es un cintillo de rubíes, con un pelo negro y risao, que si se lo suelta aquí en tu puerta llena de risos la Plaza del Altozano

—Esa gachí debes tú de haberla ensoñao, camarál

—Pué ser, pero acaba ya de dirte a vestí, que un mal de corasón va a darte a ti, como me dió a mí la primera vez que mis ojitos la vieron y vas a tené que estar cantando toa tu vida por seguirillas gitanas...

Entre medio de flores, morena
mis ojos te vieron;
entre medio de flores, morena
¡qué horitas más güenas!
¡qué horitas se fueron!

II

Cuando ambos amigos, ya cumplida la primera parte del programa llegaron a la Venta de Antequera, enseñoreábase el sol de la alegre perspectiva, bañando en sus raudales de luz los elegantísimos hoteles y bien cuidados jardines, que a ambos lados de la carretera embellecían el panorama.

Como llamado con campanillas, había dirigido también hasta allí sus pasos aquella mañana Joseíto el «Jerezano», uno de los «tocaos» de flamenco de más fama, solicitado siempre en todas las juergas de los señoritos, pero que ahora quejábase lo mismo que todos sus compañeros de lo mal que andaba el negocio. Según él, se había perdido el paladar en Sevilla, o no había entre los aficionados al cante jondo, quien tuviese una peseta.

Y lamentándose de su mala estrella se hallaba en una mesa, en unión de dos camareros, a los cuales tampoco la suerte les estaba siendo muy propicia desde hacía un par de semanas, cuando aparecieron en escena Manolillo el «Virutas» y su amigo.

—¡Que un divé bendiga—dijo el «Jerezano» con voz melosa—a los mositos *barries!*

—Adios, niño: ¡camarál! dí tú que la suerte la tengo yo hoy de cara conmigo. Pos na más que en tí que he venío yo pensando en tóo er camino. A ver—dijo Manolillo, dirigiéndose a los dos camareros—a ver cual de vosotros es el quié traernos unos chatos pa dir haciendo boca.

—Pues na, aquí me tienes—repuso el «Jerezano», así que los camareros hubieron desaparecido, el uno en busca de los chatos y el otro con el encargo de avisar a Carlitos Antequera, de que aquellos clientes querían saludarle—aquí me tienes juyendo como aquer que dise de tantísimo trabajo como gracias a Dios tié ahora uno... hoy es domingo ¿verdá? pos desde er jueves por la madrugá hasta ayer por la tarde nos duró una reunión a mí y a Diego

Antúnez, que dicho sea de paso tié le gracia por camiones.

—Y sacan ustés mucho, aunque sea una imprudencia—preguntó Rafaelillo.

—Hombre, según; hay veses que tropezaba uno con unos permasos y pa qué voy a contarle a ustél...

—Pues tú no pues quejarte, porque siempre tiés buenas reuniones...

—Eso sí; esta úrtima—contestó con un cinismo y un aplomo inusitado—me valió sesenta *tronchos* y además me prometió el marqués del Corchuelo una cartera con mis iniciales grabás en oro.

—Pos dí tú, que .

—Ese es canela: en cambio tiés algunos señoritos con más guasa que donde se cría, que después de jartarte de trabajá se alevantan y dos duros a esta, dos duros a la otra, y en dispués diez duros pa repartir entre el tocador y los cantaores. ¡Como pa darle asín con ellos en mitá la cara por *chivatos!*

—Gajes del ofisio, hombre!

—Claro que yo de esos marchantes tengo mu poquitos, porque si no dime tú como me diba a permití el lujo de descansá

er día que me s'antojara... pongo por caso, hoy por ejemplo...

—Mardita sea er veneno. ¡Por mía tú que lo siento er que se t'haya a tí ocurrió hoy tomarte las vacaciones...

—Hombre, eso no le jase, tratándose de unos amigos míos como lo sois tú y este caballero, porque como dá la pícara casualidá de que la afisión no me deja quear en casa la guitarra más que cuando voy a acompañar a argún amigo al sementerio...

—Ea pos entonses te vas tú a tocar ahora mismito argo bueno pa que este amigo mío te oiga.

—No fartaba otra cosa.

Y sacando de su estuche la guitarra de reluciente cejuela y elegante clavijero de marfil, empezó a templar Joseíto, mientras decía a sus dos oyentes.

—Tié rasón, pero que muchísima rasón mi paisano Ramírez, cuando disé que ya se va acabando er paladá. Hoy tóos son tocaores y cantaores y no vale lo que se jasen ninguno de esos señores ni lo que se canta un grillo real debajo de una colifló.

—Sí que tié usté rasón—contestó Ra-

faelillo—pero sin embargo entoavía se encuentra algo bueno por mi tierra.

—De aonde es usted, aunque sea una impertinencia.

—De la provincia de Huelva.

—Sí, señor, que por ahí es por donde yo he oído a los mejores cantaores de fandanguillos.

—Pero ¿es que con la conversación no vas tú a tocarte algo bueno?—interrumpió Maolillo

—Ya mismito te estoy dando gusto—contestó apurando uno de los vasos, el quinto, de los que momentos antes les servirían.

—Pos usted—prosiguió dirigiéndose a Rafaelillo—me da a mí er corazón que se canta alguna cosilla.

—Mu poco; en fin, toque usted y probaremos.

Maolillo miró algo sorprendido a su amigo, el cual aprovechando la primera entrada que el «Jerezano» le ofreciera, cantó con voz sonora y potente, con voz maravillosamente timbrada con voz en fin, rotunda, vibrante y sin vacilaciones:

«El amor de las mujeres
y el perfume de la flor,
hasta que el tiempo no pasa
no se sabe como son»

El «Jerezano» y el «Virutas» miraban llenos de entusiasmo y estupor a Rafaelillo.

—¡La madre que a usted lo parió, camarál— exclamó por fin el guitarrista— ¡pos diga usted que tié usted en la campanilla, más que si tuviera usted una mina en Río Tinto!

—Niño, pero ¿sabes tú lo que a tí t'ha puesto Dios en er pico?—dijo Maolillo que no apartaba sus ojos de los de su amigo.

—Que sea enhorabuena—dijo en aquel momento, acercándose al grupo Carlitos Antequera, al tiempo que daba la mano a Rafaelillo.

—Muchas gracias.

—Me parese a mí—prosiguió el simpático Carlitos, siseando las eses, según su costumbre—que es usted el que desde hoy se le va a inonar a la mar de cantaores..

—¡Qué va usted a desir...

—Se pué saber, cual de ustedes es la alondra que se acaba de escapar de la jaula—preguntó en aquel instante, penetrando

en el cenador, precedida de su madre y contoneándose con insuperable gentileza Carmela la Clavellina.

—Vamos allá —exclamó Maolillo, saludando a ambas.

—Desde antes de llegar a la puerta veníamos oyendo el cante ¿verdá usted madre?

No había mentido Maolillo al ponderar horas antes los incentivos de la «Clavellina», la cual avaloradas sus formas elásticas y cimbreantes con un traje de punto de seda azul y su semblante de gitanesca estirpe con unos claveles rojos prendidos entre las negras ondulaciones de su abundantísima cabellera, hacía en aquel momento evocar la figura de su paisana la gitana y legendaria «Carmen» de Merimée, de aquella hembra bravía, que consiguió hacer de un honradísimo navarro, uno de los contrabandistas y bandoleros más famosos.

—Pero, oye tú ¿no es este amigo tuyo, por casualidad, el sobrino de la señá Rosalía la de enfrente mi casa?—preguntó al «Virutas», quedándose mirando de hito en hito a Rafaelillo.

—Pa lo que usté guste mandar—respondió éste algo cortado.

—Pos muy amiga mía que es su tía de usté—exclamó la seña Enriqueta, madre de la «Clavellina».

—Con seguridá su tito de usté no sabe lo que tié en casa cuando ya no ha ío a darnos la notisia...

Rafaelillo permaneció silencioso, no sabiendo qué contestar, pues parecióle había dicho aquello la «Clavellina» con un tono irónico.

—Ya me se estaba haciendo a mí que tardaban ustedes una miajilla—interrumpió Maolillo dirigiéndose a Carmela y su madre.

—Esta criatura, hijo mío, esta criatura que necesita pa dir a cualquier parte que la esté una dando arponasos a toas horas pa que aligere.

—Vamos allá, madre, que va a creer este señor que soy tan pesá que nesecita uste una grúa pa moverme de la silla...

—Yó no pueo creerme na de eso vesina, por que es usté la mar de grasiosa y la mar de simpática.

—Tampoco ha estao usté pesao ahora...

¡Mira que no conoserme y ya saber que soy grasiosa... josúl josúl y qué penetración que tíe tu amigo—dijo riendo a carcajadas y dirigiéndose a Maolillo.

—Bueno, pues si les parese a ustedes, yo creo que ya es hora de que nos vayan preparando arguna cosilla.

—Pero, es que en cuanto hemos venío nosotras se ha aguao la fiesta?

—Na de eso; yo soy capaz de estarme cantando pa darla a usté gusto de aquí a que salga el lusero de la tarde.

—Ea, pos anda con la última y vamos a la mesa—dijo Maolillo.

Enmudecieron todos y una nueva copla potente y sugestiva brotó de los labios de Rafaelillo.

Huracán: aunque soples
no me das miedo,
que no puedes troncharme
los pensamientos.

Hizo un mohín la «Clavellina» y mor-diéndose los labios dijo después con su acostumbrada ironía.

—Pues lo que menos me podía yo figu-

rá era que iba a tené un ruisseño por vesino.

Sentados momentos después nuestros seis personajes, seguíase haciendo derroche de alegría y buen humor, no pareciendo sino que a todos se les había despertado el apetito de una manera alarmante.

—Sabes tú—decía el «Virutas» dirigiéndose al tocador de guitarra—que eres un hombre de güen apetito!..

—Como que lo único que le pío al Señor es que no haga siempre más que conservarme las ganas e comé, porque si me las aumenta estoy perdido.

—Si es que estos caracoles—insistía la señá Carlota sin dejar de dar paz a sus descarnadas mandíbulas—están riquísimos. ¡Ya veremos si aluego le dan a estos animalitos por darme cornás y tengo que salí de naja en busca del burlaero..

—Ea pos remoje usté un poquitillo el ruego pa luego el arrastre—exclamó Maolillo ofreciéndola una caña de manzanilla.

—Pero hijo e mi arma que va a tené que vení un teneor de libros a llevarme la

cuenta, por que yo la he perdío ya de las que me llevo bebías.

—Y usté, señá Enriqueta ¿qué hace? Y tú Carmela? Anda hombre Rafaelillo ¿pero es que no estais ustedes a gusto?

—No hemos de estarlo—contestó la señá Enriqueta—si hemos comío mejor que en el Madrid o el Alfonso XIII.

—Pues andando Carmela y tú Rafaelillo, que no paease sino que habeis venío de espectaores.

—Hijo, yo por mi parte, doy por terminao el tentaero, no sé si aquí tu amigo...

—Yo tampoco quiero más cuernos.

—Pues echar pa cá la botella, que no paece sino que hay sequía, y vamos a ver si es que al fin te s'han quedao ya las manos libres—decía Maolillo al Jerezano—y tan y mientras vienen los postres y er café nos animas un poco, que van a decir que si esto es un cónclave de adoratrices y no una reunión de buenos amigos...

—Ande ya señá Carlota, mientras este templa la sonanta vamos a ver si entre usté y yo despachamos esta corría...

—No, hijo e mi arma, no, que el solomillo que hemos comío antes, no se porque

me figuro se m'ha puesto de presidente y paese asi como si hubiea escuchao ya dos avisos .. ¡milagrito será sino me echa tóos estos bichitos con cuernos al corral!

—No haga usted caso.

—¿Que no haga caso? Ya tu ves que remedio queda cuando, empiesan a sonar los senserros.. ¡José que barbaridá!..—tardamudeó de pronto la seña Carlota entornando los ojos y cambiando rápidamente de color—Válgame el Señor Bendito! Si paese que estais ustedes tóos al reor mío bailando el charlestón!...

—Que es eso Carlota, hija mía, te has puesto mala—preguntó alarmada la seña Enriqueta.

—Sí, Enriqueta, sí, no sos lo decía ¿donde está aquí... eso?.

—El qué tía?.

—¡Ésol!

—Pero ¿el qué?

—Rejinojos, que va a ser; el burlaero ¿no estais viendo que m'han dao ya el tercer aviso?.

—Ahí a mano derecha; ande usted mujé, ande usted ..

—Como voy andá, sino me pueo mover

del estribo, prenda! ¡Pero Dios mío e mi arma y qué malita estoy... si ya no veo mas que visiones!..

—Gracias tita.

—Ay que remalita ¡Josú que remalita! ¡Várgame el señó, que pitíos siento en las orejas!..

—Eso es el público, tía Carlota, eso es el público, que como l'han dao el último aviso—exclamó riendo Carmela y haciendo reír a todos.

—No te chungués mala sangre, que me muero, sí que me muero.

—A ver un poco de café—dijo Rafaelillo alarmado al igual que la señá Enriqueta, únicos por consiguiente que atendían a la enferma, pues los demás, apenas si hacían caso de lo que consideraban como una cosa natural y pasajera—un poco de café pa que devuelva.

—Ya estais listos; mi tita no devuelve lo que le dan ni aunque la metan en el Pópulo.

—Pues miá que es extraño que s'haya mareao, porque hay que ver lo que ha comido!

—¡Que si hay que ver lo que ha comido! ¡Caracoles!

—¡Como que parecía que estaba por cuenta!

—¡Camará, si jamelaba.

—Y eso que le faltan los piños!

—Pero es que ha sío mucho el soplen y marchen.

—Sabeis lo que os digo—interrumpió la señá Enriqueta, no muy conforme con las ironías de los demás comensales—Pues que estais ustedes haciendo de vomitivo ¡Caray! ¡No sé como con tanto echarle en cara lo que ha comío no lo ha devuelto ya la pobresita mía!

—Ea ya está aquí el café —dijo Rafaelillo, trayendo él mismo el servicio.

—A ver, anda Carlota, así, un poquitito na más—insistía la señá Enriqueta, viendo como poco a poco su cuñada iba reaccionando.

—¿Te sientes mejor? tía...

—Sí, hija sí, darme un pañuelo.

—Sórbase usté el moka, señora—dijo el tocaor.

—Sórbase usté un cuerno so malage—respondió algo amoscada la señá Enriqueta.

—Por la saluita vuestra, no mentarme

más esas cosas y dejar a ese malita persona que se ríe de la desgrasia.

—Pero señora, si lo digo por su bien. ¡Yo que sé si es moka o caracolillo!

—Ay maresita mía, otra vez—dijo la señá Carlota, dando un salto de su asiento—No mentarme mas ese bichito que me dan fatigas; a ver una copita de coñac, que me traigan un poquito de coñac pa las fatigas.

—¡Cuernos!

—No por Dios, que me tienen entoavía doloría.

—Estás mas aliviaita ¿verdá Carlota?

—Sí, hija sí; pero estoy entoavía muy flojísima.

—Ea pues a ver si con el cante se distrae usted y se la pasa del tóo ese mareillo—exclamó el Virutas—vamos niño—dijo después dirigiéndose al Jerezano—a ver si hacemos como que estamos tóos contentos y se acaba de pasar alegremente el día.

Efectivamente.

Fué poco a poco marchándose la tarde entre chirigota y chirigota y terminándose aquella fiesta en la que no hubo otro incidente que el ocurrido a la señá Carlota, y

en la que se comió y se bebió como hubieran podido hacerlo los dioses del Olimpo, cuando ya por la noche preguntábale el «Virutas» a su amigo:

—¿Que, es o no es esa *gachí* lo que yo a tí te decía?

—Pos le diré: la verdá es que es la mar de superió; pero me gusta a mi más, pero que muchísimo más, la que yo tengo en la sierra—respondía Rafaelillo con acento indiferente, casi al mismo tiempo que la «Clavellina» en tanto se despojaba de sus ropas para meterse en la cama y esperar el día siguiente, decía a la señá Enriqueta.

—¡Mire usted, madre qué es simpático y tié rocío y sabe cantar bien el sobrino de la señá Rosalía!

III

Cuando a la mañana siguiente Rafaelillo abrió las puertas de la taberna, fué su primera mirada para el balcón de la vecina; el silencio imperaba aún en la calle, la luna ponía un desmayadísimo reflejo de plata en el balcón: el pensamiento del mozo batió las alas invisibles y traspasando las vidrieras llegó hasta el lecho donde languidecía la «Clavellina».

Cansado de mirar inútilmente hacia el balcón y algo desalentado, arrollóse las mangas de la camisa y dió principio, como todas las mañanas, a lavar copas y vasos en la pileta de zinc, no sin que de cuando en cuando un suspiro brotara de sus labios, ligeramente contrariados.

Como de costumbre empezaron a hacer su aparición los consabidos parroquianos

y ya mediado el día penetró Maolillo el «Virutas» para saludar a su amigo al que notándole cejijunto y algo sombrío le dijo.

¡Pos di tú chavó, que si algún día te toca a tí el premio gordo, ese día va a ser menester prepararte la mortajal.

Y a qué viene to eso que tú me dices? —preguntó con acento desabrido Rafaelillo.

—Pos viene a que tú hoy no tiés motivos más que pa brincar de alegría, y, sin embargo tiés el perfil como si esta noche pasá hubiera palmao toita tu parentela.

Rafaelillo se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta de la calle recitando más que canturreando con voz suave.

Debajito del agua serena,
debajito del agua que ríe,
ya en otras agüitas, suspira la pena.

—Y me quiés tú decir ahora a qué viene tóo eso?—le preguntó Maolillo que habíase colocado junto al umbral de la taberna.

—Pos a qué quiés que venga; tú suponte que yo creía que ella estaría brincando

como yo porque Dios echara sus luses y ya tú ves... ya es la una de la tarde y entoa vía no se ha asomao ni tan siquiera una vez al balcón ni a la ventana.

—¿Y por eso estás tú de esa manera? ¡Vamos hombre, que tú estás chalaíto der tóol! ¡Peir tú que ella camine en motosicleta!.. ¡Pero hombre, por la saluíta tuya!.. querer eso que tú quieres, es como querer pescar calamares en er Guadarquivir...

—Sí, ¿verdad?

—¡Pos no quieres tú chavól!.. ¿Pero es que tú t'has creío que esa mujé es asín quarquier cosilla? ¡Vamo que tú t'habías figurao que aquí las mujeres tién por corasón una torta de Alcázar, que en cuantito huelen el líquido ya están esponjás...

—Yo no m'he figurao na de eso ¿estás tú?

—Mejor pa tí, entonses...

—¡Está bien!—contestó secamente Rafaelillo.

—Pero ven acá *malage*. ¿Por qué tiés tú tan emberrechinaíta la sangre? ¿es que tú querías que anoche mismo te hubiera dicho la vesina:

Llévame ya a tu ermitica
que tu ermitica yo quiero...

—Yo no quiero ná de eso, porque yo sé que pa eso es entoavía de madrugá...

—Y que en después de tóo, a tí te se debe de importar un pitoche el que salga o deje de salir el sol por la reja de la señá Enriqueta...

—¿Y por qué me dices tú eso?

—Pues porque tú no debes querer que se encapote el sielo por Villarrasa...

—Es que en toas partes sale el sol...

—¡Camará y que ancho de pecho que eres tú!..

Hubo algunos instantes de silencio y a poco Maolillo continuó dirigiéndose bruscamente a su amigo.

—La verdá, que hay veses que meresíamos los hombres que nos metieran en los varales del carro la carne, porque mira tú que somos a veses arrimaos a la cola.

—¿Por qué?

—Por cosas que pasan. Vamo a vé: aparte de tóo, aparte de que tú no debas meterte por esa mala trocha, ¿tú te crees que esa mujé pueda a tí haserte cara con el arponaso que tú ayer la largastes?...

—¿Cualo?

—¡Vamo, que ya lo has orviao!..

—¡Por tu salú!

—Pues no pusistes tú intensión ni sentimiento que digamos, en aquello que te cantastes como los ángeles:

Huracán: aunque soples
no me das miedo...

—Bueno, pero es que eso no iba por ella.

—No iba por ella y se lo espetastes cuando más entornaos tenía los ojos mirándote...

—Sí que tiés razón, que fué una torpeza mía: ¡ojalay que no os hubiera dao la malina tentasión de haserme cantar...

—Pero peaso carne ¿qué tenía de particular el que ya tú te cantaras aquello, si antes no te fartó más que avisar a los campanilleros, pa que te acompañaran en la cantinela de que tenías tus quereles por la Sierra?...

Otra vez volvió a reinar el silencio entre ambos amigos y otra vez Maolillo fué el que inició la conversación diciéndole entre cariñoso y burlón:

—Bueno, mire usted *Don Funeral*, tóo

en esta vía es cuestión de pasiencia; conque si le parese a usté, lo mejor que hasemos es ponernos a jugar nuestra partía de dominó, a ver si hoy en er juego no te se dá bien y es señal que en lo otro te vá a dar de cara la fortuna...

Halagado por aquella esperanza sonrió el sobrino de la señá Rosalía a su amigo, el cual ya sentado enfrente de aquel decíale con acento de convinción mientras barajaba las fichas:

—Rafaelillo, Rafaelillo, que por la salud tuya te se orvíe la copla que tuve la malina tentasión de cantarte ayer:

Entre medio de flores, morena
mis ojos te vieron:
entre medio de flores, morena
¡qué horitas más güenas
qué horitas se fueron!..

IV

Cuando Carmela la «Clavellina», abrió los ojos invadía ya el sol la alcoba y ponía una ráfaga de luz de oro sobre la cobertura de damasco azul del dorado lecho.

El dormitorio estaba decorado con relativo lujo: la cama lucía amplio mosquitero de tul y un ancho cubrepies bordado en vivísimos colores: sobre el mármol vetado de la mesa consola, un caprichoso aparato sostenía un foco eléctrico y una tulipa color de rosa rizada como un encaje. Sobre una butaca y también bañados en sol, destacábase el vestido de punto de seda azul y las ricas enaguas con que su dueña fuese la tarde anterior, en unión de la señá Enriqueta a comer a la Venta de Antequera, convidadas por Maolillo el «Virutas».

Dormitaba lánguida y perezosamente

sobre las galas aquellas, un gato cuya rara corpulencia hablaba elocuente de una forzada castidad y amenazaba con hacer trinos hasta su pintada pluma un jilguero encerrado en primorosa jaula dorada, colgada delante del balcón, a través de cuyos cristales divisábase el radiante azul del cielo y el florido verdor de las limpísimas macetas.

Desperezose la «Clavellina» poniendo en tensión sus brazos alabastrinos, y tras un poderoso esfuerzo volvió a cerrar los ojos, cuando penetró en la estancia la señora Enriqueta, llevando en una mano la humeante taza del café y en la otra algunas golosinas en un reducido plato de porcelana:

—Vamos allá, hijita, que ya es hora— dijo la vieja a la vez que delante del lecho aguardaba a que se incorporase su hija, lo cual hizo ésta contestando al saludo.

Colocó la «Clavellina» sobre las vueltas bordadas de la cobertura la servilleta que le ofreció la señora Enriqueta y mientras ésta depositaba sobre la mesa de noche el desayuno, díjole con expresión ligeramente irónica.

—Sabes tú, que me está pareciendo a mí, que el sobrino del señor Juan se l'ha figurao que desde anoche ya no quieres tú más uvas que las que dan sus parralles...

—Quite usted allá, madre, por Dios, quite usted allá; figuraciones suyas na más—contestó mientras acariciaba al gato, que acudiendo solícito al olor de las golosinas porraceaba dulcemente con su cabeza el rostro de su dueña, mientras ésta pasábale la mano por el enarcado lomo.

—Pos hija, tú dirás lo que quieras, pero desde que Dios echó hoy sus luses, l'has tenío al arma mía a la puerta de su casa, esperando seguramente que tú t'asomaras pa venir a pegar la hebra...

—Vamos, que tie usted unas cosas, como pa ponerlas en romanse...

—Pos que no se haga popular ese romanse es lo que yo quiero.

—¿Es que usted l'ha visto que miraba pa cá?

—Pos naturalmente, rica—dijo la señá Enriqueta con sorna.

—La verdá—repuso la «Clavellina» poniendo en su acento toda la ironía de que

era capaz—es que no es mal paresío ese muchacho...

—¡Como que lo van a retratá pa las tarjetas postales!..

—¡Puedel.. y si se hace caso mío le diré que se las haga iluminás...

—¡Valiente repoquísima vergüenzal.. lo que tú debes desirle, si es que se insinúa, es que la viña tuya tié ya un guardián con muchísimas campanillas pa espantá a los zorzales...

—Pos diga usté, madre, que marcha usté más deprisa que una gasolinera...

—Yo me entiendo ¿estás tú?

—Es que...

—Es que yo no podría consentir que a tí te entrara er tifus de repente con el mosito ese y pagáramos toos los demás las consecuencias...

—Y por eso me está usté administrando la quinina antes de tiempo ¿verdá usté, madre?

—¿Es que te sabe amargo lo que yo te estoy platicando?

—¡Claro, que no me va a saber a canela el que s'haya usté venío cantándose por peteneras!

—Porque no quiero que tú er día de mañana te salgas por seguiriyas gitanas y le cortes la cuerda al copo...

—Bueno, madre, bueno; ya está bueno...

—Además, que eso sería tirar er porvenir por la ventana, el dejarse escapar ese fortunón que s'ha emperrao en colársenos por las puertas—continuó la señá Enriqueta al ver el gesto de desagrado conque contestara su hija.

—Figurasiones, madre, figurasiones; el que usté se crea que de aquí a poco va usté a ser *doña Rochila*...

—No es pa eso que tú dises, pero me parese a mí que un hombre como el señor Curro Monasterio, ni verde ni pa que lo piquen los pájaros, mu simpático, mu güen mozo y con la mejor carnicería de Sevilla, no es pa jugar malamente con él a la taba...

—No señora, que no lo es...

—¿Sabes tú que fué lo que le dijo a tu tía Carlota el otro día en la carnicería? Pos lo primerito que le dijo, señalando el cuchillo de descuartizar que tenía en la mano, fué: ¿usté ve este sacacorcho? Pos con este sacacorcho soy capaz de sacarme er corazón si se l'antoja a su sobrina y endis-

pués soy capaz de colgarle yo mismo en uno de esos garabatos si es que a ella se l'antoja también...

—¡Várgame la Divina Pastora!—contestó la muchacha santiguándose—¡Josúl! ¡Josúl.. Pero madre, por su saluíta, que tié usté unas cosas pa endispués del desayuno!..

—Conque ¿qué te parese?...

—Pues me parese, que con lo que me acaba usté de desir, no vuelvo yo ni pa un remedio a comer más asaúra—repuso riendo a carcajadas.

—Sí, hija mía, sí—interrumpió amoscada la señá Enriqueta—ándate con chufas, que pué ser que argún día te des cuenta de que en la ensalá no solo hay aseite...

—Y qué quié usté que hagamos si no poemas cortar el cupón, que sería lo de nuestro gusto...

—¡Que qué quío que hagamos!.. Pues procurar no comer pan seco, como aquer que dise, teniendo como cuasi tenemos en la palma de la mano la fábrica de la moña...

—Pero madre, si endispués de tóo, ese hombre no se me ha dejao ver mu claro... y además, que yo creo que lo mismo podrá

casarse conmigo cualquiera que valga tanto como el señor Curro Monasterio...

—De juro que sí, y a puñaos tendrías tú los pretendientes en cuanto dijeras pío; pero es el caso que hoy los buenos mosos se los está llevando Don Primo de Rivera y no quea por aquí más que los desperdicios... y si no fíjate en tóos los que hasta ahora han querío llevarte a la Vicaría: el *Ganga*, el *Boqueronero*, el *Niño de Triana*, ¡vamos, la flor y la nata de los diputaos a Cortes!..

—Pues por eso mismito a tóos los he vestío con la misma guayabera...

—Pero ¿y si en tan y mientras a ese hombre se le acaba la flama?...

—Pues mire usted madre, en ese caso... tal día hizo un año...

—¡Calla, calla, recondená, que me voy por no oírte...—dijo con enfado la señá Enriqueta—¡y aligeral—volvió a insistir ya desde la puerta—que aún quey por planchar una pila e ropa...

—Está bien, madre, está bien.

—Sí, hija mía, sí; está bien, pero que mu requetebién, el que tú hagas de tu madre el mismo caso que el minino pudiese

hacer de un plato de aceitunas aliñás...

—¿Qué dise usté, mujé?..

—¿Que qué digo? Pues digo de tí lo que dise la copla:

No siento en el mundo más
que tengas tan mal sonío
siendo de tan buen metal.

—Ande usté, ande usté p'allá que ya voy yo deseguí, así que me alise este pelo.

Y sentada delante del espejo, mientras hundía el peine en su negra y espléndida cabellera, compadecía al carnicero disculpándole de aquellas descabelladas pretensiones que tan afianzadas tenía en el cerebro.

—¡Pobresillo señor Currol—decía, haciendo un mohín entre de conmiseración e indiferencia—¡después de tóo! ¿qué culpa tié él de que se l'haya metío el sol en los sesos y esté a punto de darle una congestión?... la curpa de tóo la tié mi tía Carlota, que es la que ha metío a mi madre por esa mala trocha y que si por cá casorio que ha arreglao en esta vía, la hubieran dao una condecoración iba a pareser un escaparate de bisutería...

Más si de modo tan de cierto llevada
 nuestro hombre a cada tales importantes
 guindadas en su posición de paisano,
 justo en decir que al respecto contaba con
 los puntos de vista de sus grandes her-
 manos y de la propia tierra, en la que
 solo el viento se iba a desolarse.
 los momentos de la vida.
 Además de lo que el mismo indicaba.

V

El señor Curro Monasterio, persona por la que la señá Enriqueta sentía tan vivas simpatías, y al que deseaba ardientemente dar el título de hijo político, era hombre de unos cincuenta años, según aseguraban de un modo misterioso los mejor informados, y de cuarenta y dos o cuarenta y tres según el propio cosechero decía, dicho que hacía sonreír con expresión irónica o sufrir algún que otro ataque repentino de tos a los que tal cosa escuchaban, los que si no osaban exteriorizar de modo más descarado su incredulidad, no era por falta de deseos seguramente y sí, sin duda, por lo al tanto que estaban de los poquísimos aguantes que el de los pernils tenía para toda clase de bromas que con su edad se relacionara.

Mas si de modo tan descarado llevaba nuestro hombre a cabo tales importantes enmendaturas en su partida de bautismo, justo es decir que al hacerlo contaba con los poderosos aliados de sus prendas personales y de su bizarra figura, en la que solo el vientre empezaba a desobedecer los mandatos de la estética.

Además de lo que dejamos indicado, acostumbraba el señor Curro a avalorar la gentileza de su persona con su típica elegancia en el vestir, cuando salía a la calle, mediante todo lo cual no eran pocas las hembras de cartel que suspiraban en el barrio por aquel gallo de tan arrogante apostura y pluma tan tornasolada, el cual, cuando se hallaba metido en faena detrás del mostrador, en mangas de camisa, encrespado el pelo, al aire el nacimiento del tórax arrogantísimo, multiplicábase, cuchillo en mano, por atender al pintoresco marchanterío que le aturdió con sus gritos y para el que siempre tenía, sin distinción de clases ni matices, una chirigota de buena ley, mientras zajaba, cortaba, amputaba y hendía los trozos de res, que goteaban sangre sobre el mármol del mos-

trador, o trituraba los huesos sobre el tajo con la reluciente hachuela

Era el establecimiento del señor Curro Monasterio, al decir de las gentes, el mejor y más limpio de todo Sevilla: sus estucadas paredes, que relucían con el más intenso blancor; el peso que de oro parecía, como los garfios de los que pendían los cuartos y pernils de vacas y de terneras; el techo, donde la mano de un artista sin aspiraciones a la inmortalidad, había intentado reproducir algunas náyades y ondinas de mofletudos carrillos y formas exuberantes; un gran reloj Imperio colocado sobre una artística repisa defendido del polvo y de las moscas por un amplio tul celeste, y unos cuantos espejos, en los que a hurtadillas, las más jóvenes, mientras charlaban y reían en apretados corrillos, se miraban de vez en cuando, en tanto las que tenían menos tiempo que perder procuraban colocarse en primera fila, era todo el mobiliario que componía aquel acreditado establecimiento.

Hasta ya bien entrada la mañana, podía decirse que le era imposible al señor Curro dar paz a sus manos pecadoras, las

que por milagro de la Providencia y por efecto ya de la costumbre no tenía ya amputadas, pues era raro que al cortar no le hiciese tan excesivamente exacto que no pusiera en peligro aquellos dedos en que los domingos y días festivos lucían descomunales tumbagas y raro también el que no tuviera que sostener todas las mañanas un altercado con algunas de sus asíduas y pintorescas marchantas.

Varios días llevaba nuestro personaje, de no ver ni con anteojos a la «Clavellina» la cual poco a poco había ido apoderándose de su pensamiento y de su alma y no era de extrañar, por tanto, que a causa de este contratiempo no encontrase plato a su gusto, ni colchón bien mullido, ni prenda bien cortada, ni aguardiente grato a su paladar, cuando una de aquellas mañanas en que se encontraba pensando en ese asunto que tan a mal traer le traía, penetró resueltamente en la carnicería la señá Carlota.

—¿Qué es lo que usted desea?—preguntó secamente el señor Curro.

—Pos hijo, vaya una cara de menos recibo que tié usted hoy: ¡no parese sino

que s'ha desayunao usté hoy con soldaitos de Pavía y se l'han puesto a usté de senti-nela en el estómagol..

—En el estómago no me pasa ná; en el corasón es donde tengo yo jincás sesenta y dos bayonetas, señá Carlota!

—Pa que usté vea... yo que creía siempre que era usté moro de paz...

—Vamos, señá Carlota, que paese que trae usté hoy ganas de chungueo.

—Pa eso está el fogón, señor Curro...

—Pos hágame usté el osequio entonses de no sacarme er candil al aire...

—Pero hijo de mi arma: si es que está usté jase sinco o seis días atrincherado de una forma que no hay quien le vea a usté la chalina...

—Porque estoy pasando la convalesencia de una mala faena que se cargó conmigo una persona...

—Pos mire usté que lo siento, señó Curro, mire usté que lo siento, porque usté no se merese el que nadie le haga arrugar el entresejo...

—Pos sin embargo no han tenío compasión de mí unos ojitos negros que me hisieron prisionero y en toíto mi cautiverio

no me dan a beber más que sal y vinagre...

—Vamos, que quisá desajere usté la nota una chispitilla...

—Lo que yo le digo a usté señá Carlota, es la chipén, y ca vé que m'acuerdo de que ese jirguero desplumao que tíe ahora enfrente su sobrina, estuvo hasiéndola gorgoritos la otra tarde, me da ca sarto er corasón más grande que los da un trape-sista...

—¡Cuando yo desía que estiraba usté demasiao el acordeón!.. ¡Pero señor don Curro! ¿es que porque una oiga por casolidá pitar una noche ar sereno, se va a estar sin dormir toas las demás esperando a que abra su boca?...

—Si es de su agrao er sonío...

—Me parese a mí que usté no ha tomao bien la filiasión a mi sobrina...

—Lo que yo la digo a usté...

—Y lo que yo le contesto a su mersé, es que me extraña toa su cantinela, porque no hay vez que yo vaya a Triana que no me pregunten por el señor Monasterio...

—¡Señá Carlota!—interrumpió lleno de gozo el carnicero—júreme usté que eso que acaba usté de desirme es tan verdá

como lo es el que tóos tenemos que pasar con los pies juntos por delante e la Macarena...

—Pos claro que lo es, hombre, pos claro que lo es... pero miste señor Curro que con la conversación... —dijo la vieja mirando al reloj.

—Ea pos no quiero entretenerla a usted más y ahora mismito ya le estoy yo despa-chando lo que usted me pía.

Y descolgando uno de los pernils de vaca, púsose a cortar lo que aquella le pidiese, mas fuera por el mismo contento que sentía al conocer que la mujer por la que él hubiera dado parte de su vida, se acordaba más del santo de su nombre que lo que él suponía, fuera por su habitual costumbre de no hacer oscilar mucho el peso para no desnivelarle, lo cierto que hizo exclamar a la señá Carlota, que no muy satisfecha contemplaba el reducido pedazo de carne que ya se disponía a entregarla:

—¡Oiga usted, señor Curro, que no es jamón de Tréveles. ¡Camará, y eso que quié usted ser de la familiar..

—Ea pos tome usted otro peaso y bien corrió lo lleva usted hoy; a ver si Dios la

oye y eso se realiza mu pronto, porque ese día hago yo pintar de los colores nasionalles toa la fachá de mi casa.

—Misté que diban a creer que s'había usted desidió a poner un estanco...

Cuando la señá Carlota se hubo alejado por fin, y el señor Curro, que había inclusive salido a despedirla, penetró de nuevo en el establecimiento, dió las convenientes órdenes a uno de sus dependientes y dos horas más tarde preguntábale la señá Amparo, su antigua a modo de ama de llaves, al verle salir de su habitación luciendo rico traje de alpaca negra que relucía como raso, chaleco de piqué del que pendía una gran cadena de oro, roja corbata prendida en la cual resplandecía una gran herradura de brillantes y zafiros y amplio *pavero* de los de rondeña estirpe.

—¿Aonde va usted a estas horas y tan tirando tiros de güen mozo?

Halagado por el piropo de su antigua sirviente, sonrió el señor Curro Monasterio complacido y repúsole con expresión maliciosa, a la vez que sacaba de una lujosa petaca un cigarro de los de más alta jerarquía:

—Pues voy a ver si puedo cobrar por fin una paloma zurita más regrasiosa que el sol, que quedó mal hería hase una pila tiempo en los tarajes del río...

Y salió contoneando airosamente su figura pensando por el camino en la suerte que el Todopoderoso le deparaba al fin, concediéndole aquel pedazo de gloria en compensación al infierno de su vida pasada en la que sufrió muchas fatigas, innumerables contrariedades y muy malos ratos, hasta llegar a colocarse en el pedestal desde donde ahora le envidiaban todos sus convecinos.

VI

No obstante las risueñas esperanzas del señor Curro Monasterio, varias veces tuvo que pasear aquel día por delante de la vivienda de la «Clavellina» que cerrada a piedra y lodo parecía, y temeroso de llamar la atención de los vecinos, que ya empezaban a observarle, cuchicheando su constante ir y venir con parada y copa en la taberna del señor Juan, malhumorado y lleno de ira se declaraba en retirada poniendo al marcharse una mirada de despecho en aquel balcón solitario que fulgía a los rayos del sol

«Como un tapiz de esmeralda
de rosas y de claveles»

cuando la «Clavellina» abriendo los cris-

tales de par en par apareció como otra flor más de las que adornaban las macetas.

Retrocedió a gran prisa nuestro ilustre prócer y llegando hasta colocarse debajo del balcón, dijo con la voz algo temblona efecto de la ya inesperada aparición:

—Gracias a Dios que s'ha despejao er sielo y ha salío er sol de la mañana...

Contestóle Carmela con una sonrisa y después de aguantar un aluvión de piropos que el señor Curro le disparase, empezó a figurar que escardaba las macetas quitándole las hierbas, aprovechando esta circunstancia para arrojar intencionadamente chinitas y tierra, que de vez en cuando alcanzaban al enamorado carnicero, produciendo al rebotar en el lustroso *cordobés* un ruido metálico que al dueño íbale poniendo nervioso y a la muchacha hacía-la desternillarse de risa.

—¿Se pué pasar?—preguntó algo amoscado ya el señor Curro Monasterio.

—Sí señor, que se pué pasar, porque me parese que entoavía está atao er *garabito*—contestó zumbonamente la «Clavellina».

Pasó el señor Curro, y al hallarse frente a la muchacha, dijo melosamente:

—Que Dios guarde ar capullo más lindo que ha floresío desde el Parque María Luisa hasta la calle San Jasinto...—y mirándola fijamente empezó a santiguarse diciendo con acento exagerado—¡Josú, María y José! ¡Várgame la Virgen de la Esperansa!..

—¿Pero es que ha visto usted argún duende, hijo mío?—preguntó cómicamente la «Clavellina».

—Lo que estoy viendo serca de mí, tan serca como nunca lo había visto, es una cara que ni la carita e Dios, la que secó la Verónica...

—¿Y cómo usted por aquí a estas horas?
—¡Call'usté—contestó algo confuso ante aquella pregunta—que hay cosas que no se explican. Supóngase usted que al pasar por enfrente de esta casa me dió en el corasón una punsá y pensé que la entregaba y lo que me dije yo, pa morirse, morirse a la verita de personas del gusto del que se muere...

—¿Y s'ha aliviao usted ya de la punsá?...

—No me había de aliviar, salero, si tié esta casa pa mí el unto del señor Benito...

—Pues mire usted que m'alegro, porque

no hay día que no nos diga mi tía Carlota que siempre está usted amarillo y con ojeras...

—Pues... ya lo sabe usted:

Amarillo y con ojeras
no preguntarle qué tiene
que está queriendo de veras.

—Oiga usted señor Curro—preguntó de pronto Carmela—¿usted no ha pasao de chaval el sarampión?...

—Y ¿a qué viene esa preguntita ahora, presiosa?

—Pues... a ná, que como disen que no pué dar dos veces...

—Pues mira —contestó acercándose todo lo más que pudo—de seguro que no lo he pasao, porque ahora es cuando siento yo en la sangre un fuego y un herviero como si me fuera a salir sarpullío...

¡Qué miedo!

—Miedo no; una alegría muy grande me dá a mí porque eso solo me pasa cuando pueo yo arrimarme pa ver una miajita de cerca esa carita de rosa

—¡Pos si yo creía que se l'había ya a usted pasao esa rachita de viento!..

—Es que lo que yo he tenío y tengo y tendré, en tanto y cuanto a mí se me puea subir la temperatura, no es una rachita de viento, sino un Levante capaz de tronchar una fragata. Es que usté no se pué figurar lo muy malito que tengo yo el corasón desde aquella malita hora en que yo la vide por primera vez...

—¡Josú y qué penita más grandel!

—Pos sí, que es una pena, y es una pena porque es que yo desde aquel punto y hora ni vivo, ni asosiego, ni sé lo que es jaser naíta a gusto y si no fuera porque yo me jago la ilusión de que las piedras se quebrantan a fuerza de darle golpes, ya jase una pila de días que me hubieran tenío que sacar a mí con un rastrillo del pozo...

—Vamos hombre, que ya será una miajita menos de lo que usté dise, y sobre tóo... que,

«No hay atajo sin trabajo»
dise un antiguo refrán
«ni vereda que no tenga
alguna dificultá».

—Sí que es así; pero es lo cierto tam-

bién, que es un caminito muy largo el que yo estoy recorriendo...

—Pos no galope usted tanto y se cansará menos, señor Curro, que ya lo dise también la copla:

El camino de la vida
solo lo encontramos largo
cuando llegan las fatigas.

—Además — prosiguió Carmela — que tóo eso que usted dise no son ni más ni menos que chilindrinas, porque de no ser así, le iba yo a tener que decir las cuarenta y cuatro verdades del Barquero..

—¿Y por qué me tendría usted que desir eso?

—Pues por una razón muy sencilla: pues porque un hombre que como usted aún está sirviendo al rey, no debe hablarle de esas cosas a una mosita, y además...

—Además ¿qué?

—Que no me gusta la vesindá...

—Pero ¿qué está usted desiendo?

—Que según las últimas notisias resididas por la radio, soy yo la cuarta vesina

que quíe usté tener en esa casa e pisos, que tiá usté por corasón, y..

—Eso no es más que una broma de usté—contestó el señor Curro sonriendo.

—Y eso no iba a poer ser, porque me iba a tirar der moño con toas las vesinas; que yo soy de las que se desesperan aguardando la vez...—repuso con acento irónico la «Clavellina».

—Después de tóo, siendo así como usté dise, no tié importansia la cosa —agregó ya zumbón el carnicero.

—¡Camarál

—Sí, señora: lo peor sería que tuviera usté que alternar tan solamente con una más; pero con tres no se le debe importar a usté naíta...

—Es usté, hijo de mi arma, como pa coger una pulmonía doble a su lao...

—No señora; verá usté, si lo dise la copla:

Querer una, no es ninguna,
querer dos es falsedá;
querer tres y engañar cuatro,
eso es grasia que Dios dá...

Quedósele mirando fijamente la muchacha y después de breves momentos contestó con falsa resolución:

--Sí, señó, sí que es verdá; pues mire usted, no había caído yo en eso. Ea pues entonses no hay ya na más que hablar y en cuanto que yo vea al hombre a quien quiero con toas las veras de mi corazón, le indicaré lo que acaba usted de desir y si a él no le parese mal que yo le tome a usted un poquillo tiempo como pa entretenimiento, pues ya le diré las horas que tengo más aburrías y de lo que tié usted que vestirse cá día pa haserme de reir un poquitillo...

—Es que yo soy mu poco grasioso pa haser de reir a naide...

—Eso no le hase; porque si es que usted no me sirve pa lo que yo ahora lo quiero, pues lo paso a donde está usted hase ya mucho tiempo, a la segunda reserva y en paz, que como dise también la copla

La mujer que tiene a dos
no es tonta, que es advertía;
si una vela se le apaga,
otra le queda ensendía...

—Pero es que como lo que yo l'he dicho a usted, en un púlpito se pué desir, va a resultá que en su parroquia no va a arder más cirio que el que encienda este sacristán, que en cuantito sepa a siensia sierta lo que nesesita saber de usted, ya está más recto que una bala a peirla a usted que sea pa él y a peírselo con la mar de trompeteros y en un coche con colleras...

—Sin coche y sin trompeteros, pero con uno que yo vaya a mi gusto, aunque sea con garbansos en los zapatos, es como únicamente podré yo ir ar sitio que usted quíe llevarme...

—Es que yo le juro, que las espinas de tóos sus rosales se me jinquen en er corasón, si lo que yo l'he dicho no es la *fija*...

— Bueno — interrumpió mirándole de arriba a bajo—¿usted me va a haser un favor?

—¿Que si le voy a haser un favó, y sabe que soy capás por darla a usted gusto hasta de ir a jaser la primera comunión con el laso puesto?...

—Bueno... pues me va usted a haser er favó de no volver a pasar ni tan siquiera por la puerta, que no quieo yo que dé usted

lugar a que las gentes me traigan y me lleven por móo de usté sin comerlo ni beberlo... ¿estamos?

—Pero, oiga usté...

—¿Estamos?... Ea, pos ya lo sabe usté... y ahí se quea con mi madre que ya sale pa cá...

Y salió contoneándose gallardamente mientras el señor Curro, como si estuviera clavado en el sitio donde le dejara la niña, atolondrado ante aquella brusca y repentina salida, apenas si se daba cuenta de lo que había oído y apenas también si supo qué decir a la señá Enriqueta que tenía delante, saludándole con aparatosos y exagerados aspavientos.

—Don Curro de mi arma—insistía la señá Enriqueta—¿pero qué ha sío de usté que va pa dos lunas que vengo preguntando por usté a mi cuñá Carlota?

—Ná señá Enriqueta, ná, que tenía mieo ponerme en cura de una dolensia que venía padesiendo y ojalay no me hubiera hoy desidío a salir a la calle...

—¿Pos qué l'han dicho a usté?

—Pos que no tié remedio la cosa... y ya

me estoy yo diendo a jaser testamento por lo que pudiera suseer..

—¡Ya sabe usted que estoy aquí yo entoavía..

—A usted no le pertenesce, desgrasiadamente, señá Enriqueta, ni tan siquiera una hoja del *arbolito genealógico* mío..

—A usted l'han equivocao las pisás, caballero—contestó con énfasis la señá Enriqueta—he querío desir que estoy aquí yo entoavía, pa impedí que a don Curro Monasterio le susea na malo ¿estamos?

—Pos siendo tal y como usted dise, ya podía usted ir empesando a arrancar de cuajo ese peazo de *gutapercha* que tié por corazón su hija de usted..

—De cortar la cola a la bata de mi niña, me encargo yo, señor Curro.

—Miste, que yo creo que la lleva bien almidoná, señá Enriqueta.

Váyase usted tranquilo, que menda no dise las cosas por gusto de darle a la lengua..

—Pos que el Gran Poer la ilumine..

Y después de miles de dudas e incertidumbres por parte de uno, y otras tantas palabras de consuelo y de esperan-

za por parte de otro, salió el señor Curro Monasterio, logrando echarle la galga a su indignación risueño y jactancioso, como si en lugar de ir a su casa a encerrarse con su dolor, fuese elegantemente ataviado a la iglesia parroquial a convertir en realidad sus ilusiones...

VII

La velada clásica de Santa Ana que tanto entusiasmo despierta entre trianeros y sevillanos, estaba en su mayor apogeo. El resplandor de los cohetes y las innumerables lucecitas de colores con que estaba adornado el puente, como brochazos impresionistas, vivoreaban sus reflejos multicolores, dando el aspecto fantástico de una lluvia de piedras preciosas que fulgurasen sobre la oscura y sonora linfa del río.

Profusamente iluminadas también, con farolillos a la veneciana, las calles del Betis, Castilla y de San Jacinto, de cuyas casas los balcones, como cruces de Mayo, fulgían adornadas artística y vistosamente, desbordaban de gentío, pareciendo aquel rumor de voces y de algazara como el eco confuso de una riada.

Día de verbena, típico y jaranero, mez-

clábase en aquella barriada al sonsonete canallesco de los organillos, el rasguear de las guitarras, al olor irritante de los «calentitos» el aroma de la manzanilla, y a los gritos de los vendedores de baratijas y dueños de rifas el cascabeleo de las risas de las trianeras perseguidas por el elemento masculino que las aturdió con su codicioso mirar y sus saladísimos decires.

Sentada la «Clavellina» en su reja, entreteníase en contemplar a los que por delante de su ventana discurrían, sin parar mientes en el fuego a discreción que hacían sobre ella los más enamorados y galanteadores de los transeuntes, y al ver al señor Juan que también, de pie en el umbral de su establecimiento, con los brazos sobre el pecho y reclinado contra el quicio de la puerta, contemplaba con plácida expresión el animado golpe de vista que presentaba la calle, le llamó siseándole dulcemente.

—Allá voy deseguía—contestó aquel y encaminándose hacia la reja—¿Quié us-té—dijo así que se halló al lado de la moza—prenderse este clavé, pa darme er gusto de ver cómo se destiñe de envidia?

— ¡Pues no faltaba otra cosal.. pero va usted a tené que haser la grasia completal.. ¿tié usted ahí por casualidá un arfilé?

— ¡No he de tener yo pa usted, salero!

— Ea, pos traiga usted pa cá la mano.

¿Me va usted a echá la güenaventura?

— Le voy a pinchá un poquitiyo, pa que no riñamo...

— Ya está bien, vesina, ya está bien— dijo el señor Juan sacando la mano de entre los hierros y llevándose a la boca el sitio dolorido por el pinchazo que le diese Carmela— ¡Camarál mira que si se le ocurre a usted peirme la carabinal

— Pues fusilaíto en el acto.

— No, por Dios, corasón; que antes quiero ver cómo parman de *chingares* más de cuatro mositos al encontrarme en esta garita.

— Pues si no le llamo a usted no se acerca ni amarrao a mi ventana, y crea usted que siento yo que lo traigan a usted puesto tan de uñas como l'han puesto a usted con la amiga que más lo quiere...

— ¿De uñas a mí con un lucero? ¡Camarál— exclamó el viejo con expresión de sorpresa y después, encogiéndose de hom-

bros, continuó:—Eso que me dise usted es un contra Dios, vesina, porque ya lo dise la copla:

Aunque viejo me gusta
mirar las flores,
que los años no arrugan
los corasones.

—Pos una miajita de malas jechuras con usted andaba yo; porque la verdá es que no s'ha vuelto usted a acordar de mí desde el día en que le leí a usted la carta de su hermana Antonia.

—Como que desde ese día no ha querido usted darle gusto a mis ojos asomándose a esta reja.

—Es que—repúsole sonriendo picarescamente la «Clavellina»—tengo mucho miedo a las pulmonías...

—¡Camará, con el calorsito que hasel..

—Pos ahí tié usted lo que son las cosas: a lo mejor está una sofocá y cuando menos lo piensa s'ha levanta un *fresco* que no deja de soplar por la calle y tié una que cerrar la ventana pa evitarse una esaborisión...

—Pos mire usté, que ahora caigo yo, que el otro día empesó a soplar por la puerta de usté un huracán capaz de barré tóo el muelle de mercansías...

—Presisamente por eso arrecogí yo mi vela: no me gusta navegar con temporal...

—Ea y cómo se engaña uno en esta repajolera vía, ¡yo que creía que había usté empesao a soltar las amarras!..

—Pero señó Juan ¿es que porque la enseñen a una cuatro veces las tumbagas ya la vá a dar a una un síncope?... Y ap propósito de síncope: ¡sabe usté, que también comiensa a palpítarle demasioo el corasón a su sobrino de usté, que es más pesao pa mirar que un plato de chicharrones!...

—Pos mire usté, ya que vié a cuento, algo tengo yo también que decirle a usté resperto a ese particular, y es que en cuanto yo vea que sigue usté soliviantándome al chavalete, me voy a ver en la nesesiá de darle parte al Juzgao, y si aquí no me hasen caso me voy ar Directorio...

—¿Pero es que se encuentra usté a gusto con su sobrino?

—¡Pos no lo he de estar, *doña Carmen*, si es un tesoro de plata y oro, si sabe más

que Lepe y es más marrullero que un gatol
Y aluego, que no es porque sea mi sobri-
no, pero la verdá es que las simpatías le
salen a borbotones por tóos los poros...
¡Vamos, pa que se puea usté dar una idea
de lo que será el chavea, con desirla que
el mismo *Terremoto* le ha tomao voluntá y
le ha prometío que s'ha de poné el traje de
luses en cuanto le de la repotentísima
ganal..

—Pero ¿es que se vá a retratá vestío
de torero?

—Lo que va es a quitar muchísimos
moños en cuanto ese marrullero se eche
pa'lante...

—Pa mí que vá a llegar ya una miajilla
tarde su sobrino...

—¿Que vá a llegar ya tarde, dise usté?

—¡Pos es clarol! ¡No ve usté que con la
moda que han sacao ahora las mositas
de cortarse el pelo a lo *Don Cristóbal*, vá
a tener mu poca clientela su sobrino!..

—No se chinguée usté, señá quita sen-
tíos, que ese, si Dios le dá salú, tié que
tumbá muchos toros de la primera estocá...

—Pero ¿desde cuando se l'ha metío esa
barbaridá en los sesos a su sobrino?

—Eso no es barbaría, vesina; eso es que lo lleva en la masa de la sangre; eso es que en argo se tenía que pareser a su tío...

—Pues no deja de ser una locura...

—Gracias por la finesa; pero yo creo que tóo en esta vía no deja de ser cuestión de gustos: su madresita de usté, pongo por caso, está emperrá por tener en casa un *Monasterio* y naide, que yo sepa, ha intentao pinchar ar globo pa que se juera el aire ¿verdá?, pues porque ar tito de Rafae-lillo se l'haya metío en la mollera tener un *monumento nasional* en la familia, no creo yo que naide suponga que me jase farta la camisa de fuerza...

Y esto lo preguntó el viejo con una marcada intención a la «Clavellina» la cual le repuso haciendo un gracioso mohín que marcó dos hoyuelos tentadores en sus bien curvadas mejillas.

—Ea, pos que ca uno con su pan se lo coma; pero lo que es menester que usté le diga de mi parte a su sobrino, es que yo no le voy a pagar naíta porque me estuque la paré con la pupila, y que por tanto que no sea tan machacón pa mirá...

—Vamos allá, vesina; misté que hay unas seguirillas que disen:

No me mires que miran
que nos miramos
y verán en tus ojos
que nos amamos,
no nos miremos
que cuando no nos miren
nos miraremos.

—¿Qué está usted disiendo? ¡Pues no fartaba otra cosa! ¡Pero qué disparatel ¡Várgame er Cachorro!..

¡Bueno, buenol, ¡no hay que haser tantos ascos a la medisina, que ya lleva usted tomao medio frasco y parese que hasta ahora no l'ha querío tomar el paladá.

—Eso que está usted disiendo es un infundio que l'habrán contaó o que usted s'habrá ensoñao, señó Juan...

—Ea, pos pa qué vamos a porfiar, si después de tóo,

La luz como la verdá
va despejando las sombras
y avanzando sin cesar.

—Sí, señor, eso digo yo.

—Y yo; que no tendrá que suseer más que lo que quiera El que queriendo pué poné las agüitas de la mar más redurse que la asúca...

Cuando el señor Juan se retiró de la ventana, dirigióse Carmela a su dormitorio y allí, frente al ropero de luna, comenzó a retocarse el peinado, para en cuanto llegasen unas amigas que habían quedado en ir a recogerla, recorrer aquel barrio pintoresco y verbenero que ardía en fiesta, en color y en ruido, confundiéndose en alacada algarabía el rasguear de las guitarras, el perezoso y monótono sonsonete de los caballitos del *tío vivo* y las canallescas notas de los organillos que aturdífan el ambiente.

VIII

Rafaelillo, desde el día en que por vez primera viese el bellissimo rostro y el cuerpo escultural de la «Clavellina» había empezado, sin darse cuenta de ello, a descuidar un tanto sus habituales ocupaciones, a pasarse las horas muertas en el umbral de su casa, y sin dormir las más de las noches, pues apenas se metía en el lecho, daba un a modo de misterioso pugilato entre la imagen de María Rosa, aquella moza de Villarrasa, dulce, apacible y llena de luminosas tonalidades, y la arrebatadora de su vecina, pugilato en el que el recuerdo de la primera esfumábase a veces vencido por una ola de dulces y de ardientes sensaciones.

Desde el punto y hora en que el recuerdo de la «Clavellina» comenzara a disputar

a la de Villarrasa la plena posesión de que estaba hasta entonces, pudo hacer justificadísimo alarde, empezó el mozo a cuidar más de su personal aliño, y a la vez que relegaba al viejo arcón, que le servía de guardarropa, las viejas prendas de vestir, aunque de modo menos radical, iba dejándose en las horas que pasaban sus hábitos campesinos y sus montañesas rusticidades, ansioso de poder codearse y confundirse con la gente moza que a la taberna concurría, espoleado por la inclinación que comenzaba a sentir por la vecina, inclinación que él no quería reconocer más que como un capricho pasajero y a la que se esforzaba por quitarle importancia cada vez que la imagen de la de Villarrasa dejaba oír su voz triste y doliente en el fondo de su conciencia.

Maolillo, al que, como él decía, había dotado el Supremo Hacedor de una pupila que era un buzo, convencido del diario visiteo de la «Clavellina» a la imaginación de su amigo y un tanto inquieto por esto, solía repetirle constantemente:

—Mira, Rafaelillo, que me está dando a mí el corasón que va a soliviantarte a tí

una miajilla más de lo que a tí te conviene la del pelito de asabache: mira que pa mí que tú te debes de dejar de ese quebraero de cabeza, y más teniendo como tienes en la serranía una *gachí* que según yo he poío enterarme, vale cien millones más que toas las clavellinas y que tóos los claveles reventones... ¿Por qué no hases tú lo que dise esa malagueña?... que ¿no la sabes?... dise:

Cuando veo que mi barca
marcha mal encaminá,
recojo velas y vuelvo,
sin importárseme ná.

pos, ya lo sabes; recoges velas y a arribar s'ha dicho en el pechito de esa Rosita e la sierra que con securiá le resa a tóos los santos pa que no naufrague su marinero con ningún temporal malo que se le presente...

Rafaelillo, al oír ponderar los méritos de María Rosa, casi empezaba a sentirse arrepentido de haber dado beligerancia en su corazón a la hija de la señá Enriqueta, pero pronto una apenas esbozada sonrisa

con que ésta hubiese de galardonearlo en cualquier ocasión, volvía a apartar su imaginación de su antiguo derrotero.

Aquel mismo día en el que el «Virutas» le aconsejara por centésima vez apartarse del camino de la «Clavellina», penetró el cartero en la taberna.

—La de un día sí y otro no—dijo sonriendo a la par que le entregaba a Rafaelillo una carta que el mozo cogió sin apresurarse a rasgar el sobre, lo cual advertido que fué por el señor Juan, hizo que éste le preguntara:

—¿Es acaso de mi hermana Antonia?

—No señó, que no es de mi madre—le repuso aquel guardando la carta en uno de los bolsillos de la limpia chamarreta.

Cuando aquella noche se enteró de su contenido, quedó como abismado en una poco grata meditación.

La carta no era heraldo de nada agradable: la madre de María Rosa había caído gravemente enferma; el médico le había dicho que aquello sería largo y penoso; María Rosa estaba desesperada; lo único que la ayudaba a sobrellevar la cruz de su martirio, era, según ella le decía, el recuer-

do del hombre por ella tan hondamente adorado.

Este, al terminar la lectura de la carta, sintió que se le llenaba de sombras el espíritu, aconsejado un punto por su índole generosa, pensó en ir al pueblo a consolar a la muchacha; esta idea, a la vez que a su corazón, halagaba su amor propio, al pensar en la sorpresa que de ir causaría, no solo a María Rosa, sino que también a sus padres y a sus amigos la metamorfosis en en él verificada; después de paladear mentalmente aquel a modo de anticipo de su soñado regreso a los paternos lares, pensó que lo mejor sería dejarlo para cuando la buena suerte le hubiese prestado su ayuda de modo más definitivo.

Pero cuando más abstraído estaba en aquel arder y apagarse de propósitos, acudió de nuevo a su imaginación el recuerdo de la «Clavellina», de aquella hembra tan espléndida, tan riente, tan perfumada, y al recordar el brillo de sus pupilas y el sonreír de sus labios tan fragantes que le mostraban el blancor marfilino de sus dientes y el rojo vivo de sus encías de terciopelo, huyó como asustada la imagen de

María Rosa, con su pobre falda oscura de percal, con su tez quemada por el sol y con sus manos encallecidas en las más rudas faenas: aquellas manos junto a las cuales eran dos puñados de jazmines las prodigiosamente modeladas de la «Clavellina».

Fueron pasando días y días y el recuerdo de aquella otra moza que suspiraba en el pueblo, de aquel bajel empavesado una vez con las más bellas de sus ilusiones, fué empezando a decaer en el revuelto oleaje de su vida, hundido por el recuerdo siempre latente de Carmela, que habíase hecho dueño y señor en rapidísima carrera triunfal, de todas sus potencias y sentidos, no obstante no haber alimentado más que con miradas y sonrisas y coqueteos, el fuego sagrado aquel en que se abrasaba el mozo sin que en el pecho de ella hubiese prendido el más ligero chispazo, lo cual adivinado y presentido a veces por Rafaelillo llenaba a este de desaliento, desaliento que encargábase de agrandar el «Virutas» que no perdía ocasión de decirle con implacable insistencia.

—Desengáñate tú, esa mujé no te tié a tí voluntá ninguna y, créemelo, que lo que

mejor que debías de jaser es dirigir el timón pa el puerto que ya tú conoses...

Todas aquellas leales palabras hacían nacer en el corazón del mozo angustiosísimos desalientos y desesperanzas; pero pronto huían de él con rapidez vertiginosa a la primera nueva mirada alentadora con que la «Clavellina» parecía entretenerse en mantener viva la llama, y así iban marchando las cosas cuando en las altas horas de la noche del día en que hemos vuelto a ver al «Virutas» en la taberna «La Alegría» después de tomar una taza de café que preparara expresamente para Rafaelillo la señá Rosalía, sentose a la puerta de la calle y cogiendo la guitarra empezó a puntear en ella y a cantar como para ser oído sólo por los de la casa.

Si la intención de Rafaelillo fué utilizar su canto a modo de dulcísimo reclamo, no burló sus propósitos la suerte, pues a los pocos momentos de haber dado al aire las primeras quejumbrosas armonías de su cantar, entreabrióse la reja de Carmela y la silueta de ésta se destacó blanca y luminosa, acariciada por la luz de la luna, que ponía sus besos de plata en los encajes de las verdes trepadoras.

IX

—Ahí la tiés — dijo el «Virutas» dando con el codo disimuladamente a su amigo—ahí la tiés: ves y acércate a su ventana.

Mas Rafaelillo, como si le hubieran echado un nudo en la garganta y sus pies estuviesen aprisionados en el suelo por lazos invisibles, no se atrevía a moverse.

—Como tí no debes cantar de balde a naide, ahora mismito vas a cobrarle lo que tú quieras por la serenata...

—¿Y si es que no quíé pagarme ná?...

—En ese caso me llamas a mí... ¡conquel dansando p'allá que tan y mientras voy yo a probarte los primores que yo soy capás de jaser con la sonanta...

No se hizo repetir la invitación Rafaelillo y entregándole la guitarra a su amigo

se dirigió a la reja, exclamando al llegar a ésta con acento apagado e inseguro.

—Muy buenas noches, martirio.

—Muy buenas noches—repitió Carmela, en cuyo semblante y en cuyo negro pelo parecía jugar la clara luz de la luna—así me gusta ver siempre a las personas—continuó diciendo la moza—cantando, porque eso es señal que no tienen penas...

—Pos no está usted en la *fija*, lucero, que ya lo dise la copla:

Como tiene corasón
no se sabe si es que llora
cuando canta el ruseñó.

Durante algunos instantes permanecieron ambos en silencio, que fué Carmela la primera en romper, preguntando con ironía a Rafaelillo.

—Pero ¿qué le pasa a usted, hombre de Dios? ¿Es por un casual que l'ha aconsejado a usted esa malita persona que está como que toca allí enfrente, que s'haga usted el múo conmigo pa que yo sea la que haga el gasto?

—No, Carmela, no; ese es un buen

amigo de dambos y lo que él quisiera únicamente es que fuéramos felises...

—¡Felises, felises... ¡Es tan difícil eso que usted dice!

Quando se aprendió a dudar
nos cuesta mucho creer
en nuestra felicidad.

—Pero es que usted no debe desir eso, porque usted no tiene motivos pa vestir ya la mortaja a su pensamiento con las dúas...

—¡Quién sabe lo que ca uno tiene guardao en el cofre!

—Sí que se sabe, porque eso sale a la cara!

—¿Y no ha adivinado usted nada en la mía?

—Lo único que yo he podido adivinar es que se me ha volado el alma como un pájaro y que se ha quedado presa pa siempre entre las pestañas de sus ojitos charranes...

—Pero, hombre, ¡quién había de desir-
lo!, ¿y no le da a usted pena?

—En *chufas* lo dice usted—suspiró sombríamente Rafaelillo—pero... sí señora, sí...

Me da pena y me lastima
que debiendo conocerme
goces en darme fatigas.

Y notando en el rostro de Carmela la fingida expresión de sorpresa que parecía haberle causado sus palabras, continuó con voz sentida:

—No me jaga usted ningún extraño que me sé yo muy bien que no soy yo hoy naíta pa poné los ojos tan alto, pero yo la juro a usted que he de ser mereseor de su persona...

No lo vayas a dudar
que antes que dudes de mí
¡prefiero no vivir más!

—¡Hombre! si no pide usted más que eso...

—Si yo supiera que no arrugaba usted ese entresejo le pediría otra.

—¿Otra?

—¡Otral..

Una mirada de amor.

Ya ves qué poco te pido
no me la niegues, por Dios.

—Pero, oiga usted—dijo Carmela, en la que habían resonado como una música grata, los conceptos apasionados de su

vecino—¿es tó eso que me ha dicho usté, lo mismo conque la embargó el corasón a la de Villarrasa?

Rafaelillo se estremeció de júbilo: ya se explicaba él las indecisiones y perplejidades de Carmela; sin duda estaba al cabo de la calle en lo de sus amoríos con la moza del pueblo, y esta era, sin duda, también la causa del constante tira y afloja conque torturaba su corazón, y convencido de aquella conjeturada realidad, exclamó con voz en que se desbordaban la ternura y el entusiasmo.

—¿A lo mejor es que usté se cree que yo pueo nunca sentir por mujer alguna, lo que a mí m'ha jecho sentir esa carita de náca? Aquello fué una cosa que me pasó a mí por la imaginación sin que me ajara una pluma tan siquiera...

—Es que—dijo, enterneciendo siempre con su voluptuoso mirar el corazón de su enamorado, la «Clavellina»—a mí m'han contao que la de Villarrasa es más rebonita que un sol; que usté la guarda como el que guarda un escapulario, y que usté la quiere como tan solo se quiere una vez en la vida, y supóngase usté lo que diría de

mí si se enterase, y con mucha rasón, y carcule usted lo que hablaría la gente si sabiendo que yo sé lo que sé, supieran que había estao usted esta noche delante de mi ventana...

—Pue usted estar tranquila por esa parte, porque si hubo en un tiempo algo paresío a tó eso que usted me acaba de desir, eso fué como espuma de la mar... lo que una hojita en el viento, y resperto a que las gentes se enteren, no pase usted cuidao tampoco,

Que aunque agonise mi arma
como mis labios sonríen
naide me conoce nada.

—Es que si eso fuese sierto...

—¿Que si lo que yo la estoy disiendo a usted es la pura?—dijo ya en el colmo de la exaltación, Rafaelillo—pues si no fuera así como yo la digo, iba usted a poer creer que yo tuviera en er borsillo una carta de esa mujé sin enterarme apenas de lo que dise—y al afirmar esto mostraba al mismo tiempo la carta que horas antes le entregase el cartero en la taberna.

Sonrió la «Clavellina» y en su diabólica imaginación germinó de pronto una idea para poner a prueba al enamorado Rafaelillo.

—Pos si usté quié que yo me crea toas esas cosas que acaba usté de desirme, tié usté que darme una prueba que yo le pía...

—Abra usté esa boquita granate, que,

Abrí mi corasonsito
solo buscando querer,
solo buscando cariño.

—Pos si usté quié que yo lo crea, tié que darme esa carta, que yo se la devolvéré en cuantito que yo l'haya leío...

A Rafaelillo se le demudó el semblante; aquel ataque inesperado apaciguó de pronto el hervor de su sangre enardecida. Parecíale ahora que de entre aquellas letras salía la imagen de María Rosa, mirándole llorosa, triste; parecíale que las lágrimas de aquella pobre criatura quemaban sus manos, y al comprender que había estado a punto de cometer un crimen, entregando a la «Clavellina» aquel papel, confidente de las sencillas expansiones de amor de la

que un día no lejano, fué dueña y señora de su corazón, algo noble y generoso, algo más fuerte, más recio, más humano, adormeció el mal en su alma y agarrándose a ésta brusca y briosamente, guardó la carta en el bolsillo, exclamando con voz enérgica y mirando frente a frente a la «Clavelina».

—¡Eso que me dice usted... no pue ser más que una broma, porque si yo fuese capaz de jaser eso que usted me píe, usted... usted no se podría ir a dormir a gusto esta noche sin escupirme a la caral..

Esta vez le tocó palidecer a la «Clavelina»; la inesperada y briosa repulsa hirióle certera como un dardo en mitad de su orgullo, y no sabiendo qué contestar, dijo friamente, a la par que se incorporaba como para poner punto final a la entrevista:

—Tíe usted muchísima rasón; eso no lo podía yo desir más que en broma, por dos razones: la primera porque yo no soy capás de pedir esas cosas, y la segunda porque ya comprenderá usted que se me importa a mí lo que le diga a usted la de Villarrasa, lo que le pue importar ya a cuarquier hijo

de Sevilla, la cabeza del rey Don Pedrol.. conque muy buenas noches y a descansar, vesino, que hay que levantarse temprano pa servir er café a los parroquianos—dijo al fin con toda la ironía que pudo poner en sus palabras.

Y dejó a Rafaelillo solo en la reja, que a poco marchaba pensativo y cariacontecido al lado del «Virutas», empeñado, desde que su amigo fuese a pegar la hebra, en sacar una falseta sin poder conseguirlo.

X

— ¡Chavó!, di tú que ya me s'iba cambiando hasta er coló azul de los calsetines. ¡Si tardas una miajilla más, te crees, cuando me hubieas visto, que soy mi agüelo, porque mira que has dao tiempo pa que me se hubiea puesto er pelo blanco! ¡Si sé yo eso, me voy tan y mientras a dar un recaó a unos parientes míos que viven en Armodóvar der Riol..

No le contestó Rafaelillo, y penetrando en la taberna, solitaria a esas horas, sentóse junto a una mesa, apoyó en el tablero un codo y la mejilla en la palma de la mano y quedó como abstraído en una meditación profunda y triste, a la par que tacañeaba nerviosamente sobre la no muy limpia solería.

Continuó el «Virutas» durante algún

tiempo más, repitiendo con insoportable terquedad la falseta que intentara hasta entonces en vano aprender, y extrañando la tardanza en volver a salir su amigo, dejó la guitarra recostada sobre el marco de la puerta y penetrando hasta donde se encontraba Rafaelillo, exclamó sorprendido de encontrarle en aquella actitud.

—¿Pero es que habéis tomao cocaína al despediros y estáis los dos ensoñando?

El de Villarrasa, que sentíase necesitado de dar expansión a su pena, contó cuanto le acababa de suceder a Maolillo, el cual después de oirlo sin interrumpirle, dijo, rascándose la cabeza, cuando aquel hubo puesto fin a su relato.

—Pos chico, qué quieres que te diga, pero yo, la verdá, no m'he llevao ninguna sorpresa, porque era lo naturá que susediera como ha susedío y mejor para tí y mejor para aquella probesita que estará a lo mejor a estas horas soñando con un malita sangre que yo conozco...

—Como Rafaelillo le mirase de no muy buena manera, aquel, sin darse por enterado continuó diciendo.

—Pues señó; voy a ver si te platico co-

mo si te estuviea disiendo la güenaventura... Tú, y no te piques por lo que te voy a desir, te viniste der pueblo con un empaque y un aquel que estaba pidiendo a voces que te llevaran los Caminos pa figurín de su casa, porque la verdá en su lugar, eras tú mucho hombre con tu pantalón de pana y tus zapatones y tu chamarreta estillo Don Felipe II...

—¿Y qué tié que ver ahora tóo eso?— exclamó Rafaelillo con acento malhumorado.

—Déjame hablar, hombre, déjame hablar, que es que yo necesito expansionarme pa ver las cosas más claras. Pos señó, queamos en que tú te viniste del pueblo como pa que te pusieran en una vitrina, y como yo soy hombre de mu güen fondo y además, a la primera de cambio, te tomé una miajita de simpatías, las que tú, dicho sea de paso, no te mereces, pos enseguíta que te ví metí mano a la lija y a la piedra pómez, y a poquito eras tú una persona que se podía ya tutear conmigo y con cualesquiera sin que ninguno tuviera que darse por ofendió.

—¿Pero, me quiés tú desir?..

—¿Pero, me quiés tú dejar?... Pos señó, encomenzaste tú a ser persona y un día quiso la malilla suerte que te fijaras tú en que a Carmela le ha puesto un *divé* una camelia por cara, y por ojos dos luceros, y por pecho una cantera, y por cintura un torzal, y dos abalorios por *pinreles*, y con una mata gentes asín, no se pue mirar sin tomar antes un contraveneno, y tú no lo habías tomao como yo, pos lo que es natural, lo que tenía que ocurrir, u sea que en cuantito tú la *filaste* te dió cuasi un soponcio y encomenzó a borrarle desde aquel punto y hora de la imaginación el retrato de tu María Rosa, una *gachí* que si Carmela vale como treinta y siete, ella vale treinta y siete mil treinta y siete millones de veses más... Pos señó—continuó el «Virutas» después de llenarse de aire los pulmones, yo que soy un hombre que, aunque esté mal el decirlo, tengo *pesqui* en toítas mis articulaciones, me dí cuenta a escape de que la cara te se llenaba de pupila y que empezaste a salirte de tus lindes y como me dí cuenta de esto, pos lo que es natural, que me se empezó a cortar el cuerpo por lo a clavito pasao que yo me

suponía t'iba a saber la medisina que te diera a beber esa criatura, con la que pa parlamentar y regancharse es menester que sea uno asionista de las minas de tu tierra u por lo menos estar emparentao con el *Internasional de Industria y Comersio...*

—Yo—prosiguió Maolillo, en tanto su amigo entreteníase en hacer crujir las coyunturas de sus dedos—al verte abocaíto en tan mala faena, comencé, como era mi obligación, a recetarte los amargos, creyendo que así iríamos campeando el temporal y suponiendo que sería, comparás por tí, tu María Rosa y Carmela, lo que el Espartero, que Dios haya perdonao, y el Guerra a quien Dios espere muchos años, pero que si quieres, t'has emperrao en mirarte en los *clisos* de esa mujé y ca vez que te los entorna no te cambías ni por el que firma las cosas en la *Gasetá*.

Rafaelillo, que dejándose de violentar las falanges de los dedos, había concluído por escuchar atentamente las palabras de su amigo, sonrió, mientras aquel, alentado por la sonrisa, seguía diciendo:

—Yo que sabía que desde hace un poquillo tiempo anda el señor Curro Monas-

terio cimbeleando a esa *gachí*, que es un gachó que está podrió e dinero, que la señá Enriqueta lo ve con mu buenos ojos y que a tu martirio no la desagrada el humo de la gasolina, pues velay por lo que yo t'he venío amargando la boca y por qué esta noche te rempujé yo a su ventana, porque sabía que en cuantito tú te quisieas sorber er güevo t'he ibas a quear solo con el cascarón..

—¡Pero!..—contestó Rafaelillo sin saber qué argumentar a su amigo.

—¡Ni pero, ni ná, que hay mujeres que no son capases de enamorarse más que de los que tienen pintao detrás el Palasio Real...

—Pos yo te aseguro que si es por eso, esa mujé será pa mí... míralas, por estas— y poniendo en cruz los dedos índices de sus manos puso un beso en ellos, mientras decía como alocado—si es que quiere riquezas, las tendrá, si quiere gloria, la gloria será pa ella, si quiere...

—Si quiere Dios ponerte una miajilla de sentío en la mollera, no te vendría mal del tóo—interrumpió Maolillo—con que ya te estás marchando pa la cama y a pensar allí en tu María Rosa, verás como ella te

ayuda a pasar ese mal bache en el que t'has metío hasta las trancas...

Cuando un cuarto de hora después se hubo marchado el «Virutas» cerró Rafae-lillo el establecimiento y, ya en su cuarto, empezó a rememorar hechos y sucedidos, sacando en consecuencia que el demostrar celos aquella noche en la reja la «Clavellina» era sin duda una prueba inquietante que no había podido impedir. Acariciando esta fantasía, desesperado de no poder coger el sueño, sacó de nuevo la carta de María Rosa y dió comienzo a su lectura. Como ya sabemos no era portadora de ninguna buena noticia, cuando por segunda vez terminó de leerla, empezó, sin saber lo que hacía, a dar besos en aquel papel ya arrugado y húmedo por las lágrimas; después, como en un exceso de locura, la estrujó entre sus manos crispadas y arrojándola al suelo se arrojó de bruces en el lecho.

La luz de la luna acariciaba el alféizar de la ventana, que abierta de par en par, daba paso a una brisa fresca y acariciadora y a los ladridos con que los perros vigilantes turbaban el solemne silencio de la noche...

XI

Pasaron días y días y llegó uno en que por fin viera realizado Rafaelillo su sueño acariciador. Puestas de manifiesto sus grandes facultades una tarde en un tentadero al que había sido invitado por el mismo *Terremoto*, puede decirse que estaba a punto de romperse la muralla de hielo que se alzaba infranqueable entre él y la gloria.

Desde entonces, no había fiesta taurina a la que él no asistiese, ni ocasión de entrenarse, como él decía, que desperdiciase por nada ni por nadie.

Los buenos aficionados, los que llevan escrupulosamente anotadas las proezas de cada diestro, tenían, al hablar de Rafaelillo, siempre palabras halagadoras y de elogio para el temerario valor de aquel muchacho, que en sus deseos de llegar, ponía

en todas sus faenas toda su voluntad y todo su corazón.

Recordaban cómo había toreado por verónicas, una tarde en el cortijo «Cuarto», de Miura, cuyo toreo ni el mismo Juan, allí presente, había podido enmendar; otro día en el «Quintillo», de Anastasio Martín, el par de banderillas, apretándose hasta lo inconcebible; otro en «La Abundancia», de la Viuda de Concha y Sierra, la faena de muleta que remató con un simulado pinchazo, señalado en las mismas péndolas del bruto, cuyas proezas contadas por uno y por otro, dieron lugar, por consiguiente, a que su nombre se repitiera por todo el barrio y a que esperase ansioso el día de su debut en el que se prometían y esperaban ver grandes cosas.

También el señor Juan, que ya celebraba como propio el triunfo y el cambio próximo de fortuna de su sobrino, dió en andar un tanto caviloso y cariacontecido, pensando que ya el mozo estaba fuera de tono al desempeñar en la taberna sus habituales ocupaciones y tan honda y gravemente hubo de arraigar en el viejo esta convicción, que una tarde, después de suficientemente

madurado el asunto entre él y la señá Rosalía, puso el señó Juan una mano sobre el hombro a su sobrino y le dijo con acento cariñoso.

—Es menester que yo platique contigo de una cosa que a dambos nos interesa.

—Pos no lo deje usté pa luego—repuso Rafaelillo, mirándole sorprendido.

Condujo el señó Juan al muchacho a la alcoba matrimonial y haciéndole sentarse le dijo, con voz llena de turbaciones.

—Mira, hijo mío, tú recordarás mu bien, que cuando tú viniste a esta casa, en esta casa te se recibió como quien eres, como de nuestra propia sangre, y no creo yo que tú pueas estar quejoso ni de mí ni de tu tía...

—¿Quién pué pensar una cosa semejante?...

—Pues bien—prosiguió el señó Juan—mientras tú no has sío más que mi sobrino no ha tenío ná de extraño que tú m'hayas ayudao en el tragín, para lo cual, dicho sea de paso, vales un peaso, pero es el caso que ahora las cosas no están en el mismo sitio, pues tú tiés que alternar con tóos los de *tirilla* y como lo mismo tu tía que yo estamos convencíos de que tú rematarás

mu pronto por ser un personaje como lo han sío el «Bomba», el «Machaco», el «Guerra», el difunto Joselito, y como lo son ahora «Mejías», el «Chicuelo», el «Posadas» y tu padrino el «Belmonte», pos hemos decidío buscar un otro cualquiera que me ayude a mí a enjuagar vasos y a servir al marchanterío.

Algo desalentador y triste invadió el alma de Rafaelillo, al pensar que no pudiendo seguir en aquella casa, se evaporarían como el humo sus sueños y sobre todo que no podría respirar el mismo ambiente que respiraba la «Clavellina».

—Entonces será menester que yo me vaya—dijo con acento apagado el muchacho.

—El señó Juan hizo un gesto de asombro y mirando de hito en hito a su sobrino le dijo:

—¿Y por qué has de irte tú de tu casa? Si mientras no estés tú a la vera de tus *vatos*, tus *vatos* somos nosotros y mientras un rayo de sol tengamos nosotros en este *chamiso* ese rayo de sol nos ha de dar a los tres en la cara.

—Usté me perdone, tío, pero como me dijo que iba a entrá otro en mí lugar...

—Pos naturalmente que sí te lo dije y que te lo vuelvo a decir ahora, pos naturalmente que no voy yo a consentir que tú, estando cerca de ser un personaje, tengas que servir a tantísima zurrapa que se creen con derecho a ello por un chato de solera... y pa ello he pensao, de acuerdo con tu tía, traer a un sustituto y que tú sigas aquí sin que tú tengas que preocuparte de nada...

—Pero...

Y Rafaelillo enmudeció sin atreverse a concluir de expresar lo que pensaba decir, al ver como su tío, adivinándolo, dejaba asomar a sus ojos un reproche y

—Bueno —continuó alegremente — yo haré lo que ustedes quieran y ustedes harán lo que quiera yo y vá a ser dejarse ahora mismito dar un abrazo, que es lo que más prisa me corre.

Y uniendo la acción a la palabra, abrazó al señor Juan, el cual no pudo reprimir que se le saltaran las lágrimas de contento al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Tú, hijo mío, vas a ser la gloria y la honra de toa la familiar, me lo da a mí er corasón y er corasón no le ha engañao nunca a tu tío...

XII

Desde el día aquel en que el señor Curro saliera de la casa de la «Clavellina», desconcertado por la poco feliz acogida que tuvieran sus pretensiones, apenas si había salido otra vez a la calle, a no ser para atender las necesidades imprescindibles de su negocio.

Aunque pensaba algunas veces en sus cincuenta años cumplidos y en su renombre de persona grave y circunspecta, aconsejándole estas circunstancias que, recurriendo a todas sus energías, debía apartarse de aquella malita trocha, en la que en hora tan poco feliz, habíase aventurado, agitado su espíritu en otras ocasiones por los embates de la ira y de los celos, que no dejaban de avivar el recuerdo de aquella hermosura tan ardiente y avasalladora,

reflexionó que si desandaba el camino ya andado, quedaría el sobrino del señor Juan dueño único de aquel tesoro por él tan locamente ambicionado y dándose, pensando en esto, por vencido, uno de los días en que las tinieblas parecían haberse densificado más que de costumbre en su espíritu y en el que el mal humor habíale hecho perder algunas de sus más antiguas parroquianas, hastiado de carne, carnicería y marchanterío, transcurrido que hubieron las horas de venta se vistió con menos cuidado con que lo solía hacer y encaminó sus pasos el ilustre prócer macareno hacia la calle de San Jacinto, descendiendo a poco del tranvía que paró a la misma puerta del señor Juan, en cuya casa penetró con paso resuelto.

El dueño de la «Alegría», que a la entrada de aquel entreteníase en defenderse del sueño a cabezadas, en el gran sillón de brazos, se incorporó rápidamente al verle y exclamó, saliendo a su encuentro con la sonrisa en los labios.

—Lo que menos podía yo esperar hoy era la alegría de verle a usted por este *chamiso*...

Sonrió forzadamente el señor Curro y dijo después despectivamente.

—La alegría será para ambos.

Y sentándose junto a una mesa, colgó su flamantísimo sombrero sobre el palo de una de las sillas, secándose después el sudor que corría por su ancha y espaciosa frente.

Rafaelillo, para el que no había pasado inadvertido lo agresivo de la mirada del carnicero, se puso ligeramente pálido, mientras su amigo el «Virutas», que apenas si hacía ya otra cosa que acompañar a su amigo, le dijo con acento casi autoritario.

—Tú a jugar, y que le den una puñalá aonde yo me sé, al que tenga mal bajío...

El señor Juan sentóse frente al recién llegado preguntándole un momento después.

—¿Cómo ha sío eso de salir a pleno sol?, porque mire usted que el día es de los de ole con ole...

—Pos, cosas que pasan—dijo, haciendo un mohín el señor Curro, volviendo algo la espalda al señor Juan y dirigiéndose a Rafaelillo, le gritó con acento entre imperativo y desdeñoso.

—A ver tú, chaval, a ver si dejas ya las cartas y me traes un cañero.

—El que rejonea está ahora muy lejos y no iba usted a tener dinero pa darse ahora ese gusto... — contestó Rafaelillo tras contemplar un solo instante con un relámpago en las pupilas, al pretendiente de la «Clavellina».

El «Virutas» se puso lívido y todos los parroquianos apartaron un punto la atención de los naipes para mirar al que de modo tan poco amable y en tan belicosa actitud exigía, y al que tan seca y desdeñosamente contestara.

El señor Juan había enarcado las cejas a la insólita salida del señor Curro y al ver a éste clavar los ojos con expresión amenazadora en su sobrino, se acordó de los preludios de amorosos escarceos de éste con la «Clavellina», de la tan comentada pasión del carnicero por aquella mujer y al acordarse de todo esto dijo al señor Curro mirándole con adusta expresión y con voz que resonó inarmónica y agresiva, al par que se dirigía hacia el mostrador.

—Estando yo aquí no tié usted necesidad de que lo sirva ni mi sobrino ni nadie.

El señor Curro demudado: la casi despreciativa indiferencia con que Rafaelillo acogiese su mandato, las sonrisas y miradas con que aplaudían la actitud del mozo los demás jugadores, el tono y la actitud del señor Juan, todo esto hizo que la cólera desbordara en su pecho como un torrente e incorporándose de modo brusco, sin premeditar lo que hacía, se dirigió hacia la mesa en que Rafaelillo y el «Virutas» seguían jugando, al parecer indiferentes, y plantándose delante del primero, le dijo tartamudeando de rabia.

—A tí ha sío a quien le he mandao yo el que me sirva unas cañas.

El «Virutas» con el rostro lívido, se llevó instintivamente una mano a la cintura al ver levantarse a su amigo; pero éste, deteniéndole con una sola mirada que parecía imposible hubiese podido brotar en aquellos ojos suyos, tan apacibles, exclamó con voz firme y en actitud reposada:

—Ya sé yo que ha sío a mí; pero es que yo no he querío decirle a usté a voces lo que voy a decirle ahora a media voz pa que se entere de una vez y para siempre:

yo no le sirvo a usted porque no me da a mí la repotentísima gana.

Los ojos del señor Curro brillaron de un modo siniestro; la mano del «Virutas» no dejaba de acariciar la empuñadura de su navaja; los jugadores, acercados ya al corro, procuraban apaciguar la cuestión, y Rafaelillo parecía pronto a avanzarse sobre su rival que avanzó también con una amenaza en los ojos, de muerte; pero el señor Juan, no el jaranero y bromista, sino el señor Juan de la tradición, el un tiempo dictador de los más reputados barateros del distrito, se dirigió rápido al señor Curro con el semblante transfigurado por la ira, le miró con dura, con indomable fiereza, le cogió por un brazo con mano crispada y le dijo con voz incisiva, con voz que amenazaba terminar con un rugido.

—Vamos, señó Curro, no sea usted asín, ni sea usted antojaizo, porque ese que vé usted ahí es mi sobrino, y mi sobrino aquí es tan amo como yo, y si le ha dicho que no quíe servirle ha dicho muy bien, porque a ése le tien que servir de aquí en adelante, ¿estamos?

El señor Curro Monasterio, no obstan-

te su reconocido valor, sintióse intimidado por el fiero mirar del viejo, cuyo historial glorioso en los anales de la valentía no le era desconocido y pensando lucidamente que en aquella jugada llevaba todas las de perder, dijo haciendo un esfuerzo desesperado.

—Tié usted razón, un acaloramiento lo tié cualquiera y hoy el día, como ha dicho usted antes mu bien, está pa que se le meta a uno el sol en los sesos.

Y sentándose de nuevo volvió a limpiarse el sudor que ahora le corría más copioso por toda la frente.

—Vaya a la salú de usted—dijo ofreciendo una caña al señor Juan, que aceptó silencioso.

Y tras apurar él la suya arrojó sobre la mesa unas cuantas monedas que el viejo devolvió diciéndole con voz en la que aún vibraba la cólera:

—Guárdese usted ese inero, que es mucho pa lo que usted s'ha bebío y mu poco pa la salmuera que m'ha jecho usted beber cuando menos lo esperaba...

XIII

Lo sucedido aquella mañana en la taberna del señor Juan pronto corrió como la pólvora por todo el barrio y no hubo uno siquiera que no aplaudiese la actitud de tío y sobrino y censurase a la vez la salida en falso del fachendoso carnicero, de lo cual tardó bien poco en enterarse la «Clavellina» por uno de los vecinos, testigo presencial de la bronca.

—En un tris ha estao que por móo de usté no haya habío el otro día una esaborisión en cá del señor Juan—le expuso aquel sin andarse con rodeos.

—¿Por móo de mí, dise usté?—preguntó la «Clavellina» algo azorada.

—Pos es natural que por usté, porque siendo la bronca entre el señó Juan, su chavea, y el carnisero ese de la Macarena

que la vié a usted haciendo cucamonas hase una pila e tiempo, no diba a ser con el guarda de la calle...

—¿Pos y yo qué tengo que ver con tóo eso?—contestó queriendo dar un acento de indiferencia a su pregunta.

—Lo que yo la digo a usted, es que milagrito será que no sea usted la causa de na bueno, porque si ese *don Carnes* se las echa de guapo, le vá a salir con el chavalete ese, que es de los que en cuantito huelen la pólvora se echan pa lante, el tiro por la culata...

—Desengáñese usted que no pasa ná...

—Allá veremos, si no tié usted que dir también a platicar una miajilla con los de la curia...

—Pero oiga usted ¿es que va a ser menester estar metía dentro de una vitrina?

—Lo que yo la digo a usted, es que está usted soplando demasiao en er fuego y van a llegar las llamas a chamuscar las pestañas a Santa Juana...

—¡Quite usted allá, hombre, quite usted allá!

—¡Que quite allá! ¿verdá? Pues lo que yo me sé, es que si el otro día no hubo

guasarapa fué porque er macareno se dió cuenta de que estaba delante del mosito más comprometío que una pescailla delante der minino, que si no... Y sobre tóo, y esto es sentarme a la mesa sin haberme conviao; pero la elesión no es enreosa, criatura. Entre un mosito con aquel y circunstancias, que es todo corazón y que tiene un porvenir con eso de los toros, de eso *chanelo* yo un rato, y un hombre que es como esas casas viejas que las pintan la fachá y ya paesen nuevas aunque sean der tiempo en que anduvo por las calles el Rey San Fernando, pos usté verá...

—Hombre, no es pa tanto—respondió riendo la «Clavellina»

—¿Er qué?—preguntó el vecino.

—Ni la una ni la otra cosa que me acaba usté de desir...

—¡Ay qué grasiosa!, en cuanto ar gallo ese de los espolones retorcióis, tié ya el pagaré cuasi, cuasi pa vencer de aquí a dos o tres temporás, y en cuanto ar porvenir der mosito ese con er toreo, en eso no es por alabarme, pero soy pa anunciar esas cosas más fijo que los cacharros que hay pa indicar er tiempo...

—Pues mire usted, que de eso último que usted m'ha dicho, bastante que yo me alegraría, porque en broma o no en broma, vaya si yo l'he tomao ley a ese muchacho.

—Pues entonces, y perdone que me entrometa en lo que no me va ni me viene, ¿por qué le da usted a bebé tantísima tuera?

—Lo que me parese a mí es que si la envidia fuera tiña, no habría ya en el barrio ningún vesino con brillo en el pelo...

—¡Arropel, ¡que pasa el Dios grandel!

—Lo que pasa es que hay muchísima lengua que debía estar picá...

Mientras tanto seguían la «Clavellina» y su vecino charlando, decía el señor Juan a su sobrino, refiriéndose a los amorosos escarceos de éste con la hija de la señá Enriqueta.

—Esengañate, hijo mío, esengañate y sarte de ese avispero en que t'has metío, porque, hazme caso a mí que ya soy viejo y veo de venir las cosas, esa mujer no es capá de tomar voluntá ni a la camita en que duerme; además que este móo de vivir que tú te traes ahora, queriendo ajogar ar bichito que ties dentro a fuersa de *chatos* es capas de derribar la Girarda, conque

no sea que ahora que estás pa lucirte y dar lo tuyo en esas plasas, vayas a desconcharte el ollao, así es que vamos a tirar una miajita de la rienda no sea que te lleguen, cuando menos lo pienses, al pescueso las orejas...

Enrojeció Rafaelillo, como le ocurría siempre que le hurgaban de aquel modo en lo que más le dolía.

—Si es que aunque yo quisiera no podría dejar ese mal bache que, tié usté razón, pisé en mal hora—repuso Rafaelillo que no obstante el tira y afloja de la «Clavellina» sentíase casi dichoso, pues ya no se adornaba con más flores que con las que él le regalaba, y siempre que iba a salir procuraba ser vista para que la siguiese o acompañase, frunciendo graciosamente la frente si en alguna ocasión los ojos de él se posaban en cualquiera otra mujer.

Esto hacía que Rafaelillo fuese viviendo dichoso; pero como la sed en que se abrasaba y que no conseguía saciar, aumentaba más y más aquel suplicio que le consumía, concluyó por pensar seriamente en que aquella mujer, no obstante sus deferencias, nunca había dicho una sola pala-

bra de amor ni hábale concedido ninguna esperanza y al pensar esto tornaban a atormentar los celos su corazón y a llenársele de silenciosas y punzantes amarguras.

El recuerdo de María Rosa había concluído por ser para él casi una pesadilla; cuando su imagen acudía a su imaginación movía vertiginosamente la cabeza como si pretendiera espantar de aquel modo aquel pájaro que con su ronco arrullar de tórtola herida, despertaba en él algo parecido al remordimiento.

XIV

No tardó mucho en que Rafaelillo, gracias a las aldabas con que contase, debutara como novillero en la plaza de Tetuán de Madrid, y desde entonces, la fama empezó a hacer repetir su nombre por todas partes, a lloverle ventajosos contratos y abultarse sus bolsillos de manera considerable. Sus padres, que merced al apoyo de éste vivían casi de modo opulento, jamás al escribir hacían referencia a María Rosa, la cual había ido dejando de escribir casi, y ya cuando lo hacía nunca le hablaba de sus amores, aunque entre los caracteres desiguales de sus cartas, entre las miles de puerilidades como en ellas le decía, siempre asomaba un mal contenido chispazo de amor o de profundísima pena.

Mas si sus padres, cegados quizá ya

por el brillo de su hijo, no hacían mención de la pobre muchacha, no faltaba sin embargo quien le daba noticias de vez en cuando. Uno de los encargados de hacerlo fué un amigo suyo de la niñez que había llegado aquel día a Sevilla y que deseoso de verle, fuese derecho de la estación a la calle de San Jacinto.

—Pero ¿es que estoy hablando con algún conde o es que t'has vuelto loco jateándote? Cuarquierilla te conose ¡chavó!— le decía después aquella tarde mientras comían opíparamente en la Venta de Cortés.

Sonrió Rafaelillo a las exclamaciones de su amigo, el cual sin haberse atrevido antes a hacerlo, le manifestó, algo extrañado.

—Lo que me llama la atención un peaso, es que entoavía no m'hayas preguntao por tu chavala...

—Ahora te iba a preguntar por ella— dijo enrojeciéndose hasta la punta de los dedos.

—Pos la chavala está, que pa qué voy a contarte, ¡camará, si está guapal.. Bueno, eso sí lo sabrás, que ha hereao de una tía suya, la del señó Anastasio el «Upitas», ¿verdá?

—Sí, eso sí lo sé—dijo por decir algo Rafaelillo.

—Pues cuando la veas no la conoses tampoco, porque se conose que los *parneses* l'han servío pa echar la ruínera, y, vamos que te digo que de escachapá que está es una bendición y da gloria mirarla!

Frunció Rafaelillo las cejas y sintió un profundo despecho; él que se creía verdugo hasta entonces de María Rosa, que la creía casi agonizando de dolor y de cariño, se sentía avergonzado de su vanidad y procurando disimular su disgusto, preguntó al forastero.

—¿Y su madre?

—Pues, su madre, lo mismo de remozá.

Cuando ya de regreso a Sevilla, le contaba a su amigo el «Virutas» las noticias que le había dado el de Villarrasa, aquel le dijo con acento desabrido y de reproche.

—Mira que si nos diéramos cuenta de lo remalitos que somos algunas veces los hombres... ¡Tú pues jaser lo que te dé la gana, tú pues olviarte de esa mujer, echarla fuera del relicario, no volverla a escribir y encogerte de hombros mientras ella está pasando fatigas y más fatigas. Es desir,

darla a entender que lo mejor que podía jaser era no vorverse a acordá der santo tu nombre, poner tu cariño en otra y tu capri-cho en seiscienta mil y además de tóo esto tú te pues ofender luego porque a ella no se l'ha caío ninguna flor der corasón! ¡Mi-ra que se necesita ser de pedernál! ¡Meresías que te diesen una patá que te murieses de hambre en el aire, chavó!

Calló por no saber qué contestar Rafaelillo y algunos días después, al recibir una carta de María Rosa diciéndole que había llegado a sus oídos su desesperado amor a otra mujer, pidiéndole por favor la pusiera aunque no fuesen más que dos letras des-mintiendo aquellos infundios, porque no otra cosa podían ser, desde el momento que ella creía a pie juntillo en su cariño y que no dejara de ir unos días al pueblo para demostrar a los habladores era una cruel falsedad lo que propalaban y que de no hacerlo así sería una prueba grande de lo que ella no podía creer, pensó contestar, pero contestar llenando pliegos y pliegos de acusaciones y cargos, cosa que como todas las que realizaba, consultó con su amigo el «Virutas».

—¿Y qué le vas a echar tú en cara, mala sangre? ¿Que tié güen color y que se ha puesto más reonda que una piña?—contestó aquel de un modo despectivo y mirándole de hito en hito.

No supo qué responder Rafaelillo y decidido a contestar fueron pasando días y días, sin que llegara a hacerlo, pensando que ya lo haría cuando aquel amor que ahora le tenía atenazado despidiese por fin sus últimos resplandores.

XV

Como ya hemos dicho, la fama conduciendo a Rafaelillo en su divino regazo, repitiendo en su honor cien y cien veces su sonora trompetería hizo que tardase poco tiempo en ser confirmado con el mote con que debía pasar a la posteridad en glorioso ramillete, con todos aquellos que han dejado en la historia del toreo una estela imborrable y luminosa.

Esto daba lugar a llenar de orgullo y satisfacción, además de al interesado, a Maolillo el «Virutas» que a serle posible hubiese encerrado a su amigo en un guardapelo, y a la señá Rosalía y al señó Juan que no se hubieran cambiado por el más potentado de toda la provincia.

Entre tanto, la señá Enriqueta seguía cada vez más alarmada e indignada, cre-

yendo iba a escapársela de entre las manos el fortunón del señor Curro, que cada vez seguía, también, más sombrío, más iracundo y más enamorado, mientras la «Clavelina» seguía dejándose arrullar cada día con más complacencia por Rafaelillo que volvió a ver resplandecer la esperanza en su corazón, pensando que lo que hacía muchas veces aquella mujer no era más que pruebas a que quería someterle y convencido que el equivocado en sus conjeturas era el mejor de sus amigos, dijo a éste con acento irónico una de las mañanas en que recién llegado de Córdoba, a donde había toreado el día anterior, estaba arreglándose delante del «Virutas».

—¿Sabes tí que na más llegar esta mañana, en quantito sintió er coche, se asomó a la ventana Carmela?

—No te digo que no, porque ya me voy yo dando cuenta de que esa gachí tié más dobleses en er corasón que una piesa e percalina.

—Pues más cariñosa que nunca me saludó...

Como Maolillo nada contestase entonces y pusiera el ceño de un modo que llega-

ra a extrañar a Rafaelillo, éste hubo de decirle, quedándosele mirando fijamente.

—Pos dí tú que t'ha puesto la noticia que te acabo de dar poco tonto y, vamos, me paece que siendo buena pa mí, debía serlo pa el mejor de mis amigos.

—Sí, hombre, sí, si no es eso, pero es que—respondió rascándose la cabeza—no me huele a mí mu bien eso y cree tú que si te sonrío, algo que no será canela tendrá esa gachí enchiquerao en su pensamiento.

No obstante las palabras de su amigo estaba contento, y aunque en varias ocasiones en que, pasados dos días intentó que bajara a la reja la Clavellina, no pudo conseguirlo, pues apesar de mirarle risueña y acariciadora negábase a acceder a lo que de ella solicitaba, con el propósito de no rendirse a sus requerimientos de amor, por lo mucho que había pensado en lo que le convenía el Sr. Curro Monasterio al cual estaba decidida a aceptar en cuanto aquel volviese a insinuarle lo más mínimo.

Cada vez que enviaba dinero Rafaelillo a sus ya venturosos progenitores, volvía a pensar en María Rosa, la que en su última carta dejaba resbalar por entre lo que en

ella le decía, todo un raudal misterioso de lágrimas abrasadoras, mas pronto cambiaba de parecer creyendo no le convenía robustecer los lazos que a ella le unieran y menos teniendo en cuenta que Carmela cada día que pasaba estaba con él más atenta, dando con esto origen a destapar de su corazón los pomos más bien olientes.

Una mañana en que ésta, vestida con una bata color de rosa que señalaba dúctil y pérfidamente las curvas tentadoras de su elástica figura, estaba sentada a la ventana acercóse Rafaelillo y sin dejar la ocupación en que se entretenía:

—A usted, con eso de arrimarse tanto a los toros, según he oído yo decir, has ya algún tiempo que lo está mirando Dios con ojos de misericordia.

—Pos bien podía usted en ese caso imitar a Dios—contestó Rafaelillo—y haser una obra de caría con el que pasa más fatigas que con los toros, con esos dos ojitos charranes.

—Qué exajeraílo s'ha vuelto usted..

—Ni exajerao ni na, Carmela, que de lo único que yo m'acuerdo cuando estoy en la plasa es de usted; y usted es lo único

que a mí me hase arrimarme, y querer ser argo pa...

—¿Pa qué?

—Pa er día de mañana poer tener yo a la mujé que me quita el sueño hecha una prinsesa... ¡pa qué va a ser!

—Pues sí que hase usté divinamente.

—Que un *divé* bendiga al angel de mi guarda, que hoy me hizo acercarme a usté pa llenarme el corazón de nardos y de jazmines.

—Pero si lo que yo he dicho a usté no es pa tanto—dijo Carmela a cuya imaginación habíase asomado en aquel momento el Sr. Curro Monasterio.

—¿Pos no quié usté que sea?

—Es que usté no se quié dar cuenta de que yo le quiero a usté como lo que es usté, como un buen amigo, como el mejor de todos ..

—No, eso no—repuso Rafaelillo con acento de enérgica protesta—eso no hà sío lo que ha querío usté desirme, y no se debe usté arrepentí de haberme dao ese terrón de azúca, pa ensegúa darme los amargos...

—¿Pues qué quiere usté entonses?

—Que me quiera usted, una chispitilla más, que tóo eso, porque yo sin er cariño de usted no pueo viví, ni quieo viví tampoco.

—¿Pero no hay na de desperdisio en ese oro que usted me enseña?

—Na: yo la quiero a usted como no se pué querer más en la vía, yo la quiero ahora y la querré siempre, siempre Carmela, que como dise la copla

Cien años después de muerto
y de gusanos comío
letreros tendrán mis huesos
diseando que te han querío.

Hizo un mohín la Clavellina y siguió sin levantar la cabeza cosiendo sobre un trozo de seda que tenía entre las manos.

—¿Qué me dise usted?—preguntó Rafae-lillo al ver el mutismo en que había quedado la muchacha.

Tardó algo en contestar la «Clavellina» y después de un momento como si estuviese pensando alguna cosa dijo con la mayor ironía.

—Pues le digo, le digo que estaba recordando la copla esa que dise...

Yo quiero ser tu abanderao,
el que lleve tu bandera,
y abanderao me has de hacer
que quieras o que no quieras.

Y eso es lo que le pasa a usté y eso no
pué ser.

—Pero..

—Que nos debemos dejar de locuras y
poner los ojos usté en su novia y a mí
dejarme tranquila.

—Vamos Carmela, no sea usté así, no
sea usté mala y déjeme siquiera seguir por
mi vereea que yo puse llenita de flores.

—Pero ¿pa qué quié usté eso? si en
dispués de tóo...

—¿Qué?

—Pues no le he dicho a usté que no va
a conseguir ná...

—¿Y si yo le dijera a usté, que estaba
ahora mismito firmando mi sentensia de
muerte?

—Vaciló un momento la «Clavellina» y
tras aquel momento de indecisión, repuso:

—Pos le diría que no lo creía, porque
eso lo disen ustés tóos los hombres en
cuanto no puen conseguir lo que quieren.

Rafaelillo no contestó: durante algunos instantes permaneció pálido con la respiración afanosa y con los labios dolorosamente contraídos.

—Pero ¿qué es eso? ¿Es que s'ha puesto usted malo?—preguntó Carmela asustada.

—No señora, no, ya pasó: ha sío solo una punzailla que me dió en mitá der corazón, pero no se asuste usted que ya ha pasao...

—Ea pos me alegro tanto; pero me va usted a haser el favor de marcharse, que va a venir mi madre, que fué en ca de mi tía Carlota y no quiero yo que me vea de pалиque en la ventana.

Cuando momentos después se hubo alejado Rafaelillo, Carmela permaneció en la reja algunos instantes sumergida en una honda meditación y sacudiendo después la cabeza murmuró con acento reconcentrado.

—Me va paresiendo a mí que tié rasón la gente al aconsejarme lo que me aconseja y además que no sé por qué voy yo pensando que esta criatura es capaz de haser cualquier barbariá, porque es más de lo que yo me creo y se cree tóo el mundo, lo pegáita que tié su alma a la mía...

XVI

Transcurrió el tiempo, desfilaron los meses y pasó aquel año sin que nada modificase la situación de los protagonistas de esta historia, pues todos y cada uno de ellos seguían el mismo derrotero, llenos de incertidumbres, de zozobras y de sombras en su camino, no sabiendo cómo al fin habría de despejarse.

Ya Sevilla, mirándose coqueta en el espejo del Guadalquivir, volvía otra vez a prenderse sus nupciales azahares, y el sol de Primavera, como un esposo de leyenda la envolvía en sus cabellos de fuego, adormeciéndola y fecundándola con oleadas de oro, que era rumor ardiente en los viñedos, rojo fruto en los naranjos, lujuriosa sangre en los claveles y encendida rosa

de tentación en los labios de todas las mujeres.

Como una novia apasionada y lírica estaba ya la ciudad en aquellos días, en que la Primavera empezando a hacer germinar sus pompas floreales, con la eclosión de las primeras rosas alboreaba sobre la tierra con temblores de iniciación. Embriagaba el aroma del ambiente, como embriaga el aroma de un vino recio y añejo, porque era la época que en Sevilla quedan flotando a todas horas en el aire, los madrigales, piropos y palabras de amor que van a perderse después en el intenso azul de su cielo.

Aquel perfume misterioso y dulce que lo impresionaba todo, había vuelto a embalsamar el licor de aquellos amores que ofrecieran al señor Curro Monasterio su crátera de oro.

Muchas veces lo había pensado friamente y siempre había sacado las mismas consecuencias: la aparente indiferencia para con él de aquella mujer, el coqueteo en algunas ocasiones con el sobrino del señor Juan y la buena acogida que cuando menos lo esperaba le dispensaba, era sin

duda alguna, maquinaciones estudiadas para estimularle y hacerle llegar más pronto y más seguro.

Apesar de sus florecidas esperanzas, pensó no obstante cerciorarse de la suerte que podría correr si de nuevo se aventuraba, y sabiendo que ello no le sería muy difícil, teniendo presente que contaba con aliados poderosos, como lo eran la tía y madre de la muchacha, decidió poner en práctica su plan, para lo cual aguardó ocasión y oportunidad que favoreciesen sus pensamientos.

Ya la Semana Santa estaba próxima y nunca mejor ocasión que entonces para ofrecer un par de sillas en la misma plaza de San Francisco, a madre y tía de Carmela, a la que segurante arrastrarían con ellas, y allí, sin dar motivo para que hablase la vecindad, exponer su proyecto de una vez para siempre.

No le pareció descabellada la idea y durmiendo siempre en el mullido lecho de sus ilusiones, aguardó impaciente a que llegara el día ansiado, en el cual habría de salir de dudas, porque apesar de todo, a ello estaba decidido.

Tres o cuatro días de tortura e incertidumbre tuvo que sostener y al fin, cuando al siguiente, era el señalado para su triunfo o su derrota, quiso la casualidad que se presentasen en la carnicería la señá Carlota acompañada de su cuñada

Inútil sería referir como el señor Curro recibió a las dos mujeres; inútil describir cuantos agasajos les prodigó y cuantos y cuantos rodeos tuvo que dar también hasta llegar al terreno que él apetecía.

—Pos señor, estaba yo pensando—dijo por fin—que estando yo solo como estoy en el mundo y no siendo muy divertío que digamos, el ir solo en estos días a cualquier sitio, si a ustedes no les importase el que yo tomara un abono pa las sillas de estos tres días, pos en un sarto mandaba yo a uno de estos—prosiguió señalando a uno de los dos dependientes que charlaban en un rincón del establecimiento—y nos lo pasábamos tan ricamente en la plaza de San Francisco, en la Campana o en el sitio que a ustedes se les antojase...

Se miraron ambas cuñadas y coincidiendo en los mismos pensamientos las

dos, puede decirse que quisieron contestar a un tiempo.

—Pero don Curro ¡¡Cómo se nos va importá el dir con un caballero como usté a cualquier parte! pues no fartaba otra cosa; y además a un sitio como ese ¡digo!... yo por mi parte—terminó la señá Carlota—¡encantá! y no creo que esta tenga tampoco ningún reparo...

—Yo tan encantá como mi cuñá y además agradezía—respondió la señá Enriqueta, pretendiendo dar nota de que sabía cuando llegaba la ocasión expresarse con los debidos modos.

—Pues entonses—arguyó la señá Carlota.

—De primera—contestó la madre de «Clavellina»—así podré peirle al Señor del Gran Poer más de serca, toíto lo que nos está haciendo farta.

—Pues no hay más que hablar—repuso el señor Curro, que no cabía de gozo al ver como iban saliendo sus proyectos—ahora—dijo de pronto—con lo que no hemos contaó es con que su hija de usté...

—Mi hija hase y quiere lo que a su

madre le da la repotentísima gana, ¡pues no faltaría otra cosal...

—Es que a lo mejor, a ella la parese más bien estarse allá pa... pa ver de entrar ar Cachorro...

—Pues si la parese a ella eso, a mí y a esta nos parese mejor esto otro...

—Pué que sabiendo que yo voy a estar con ustedes ponga argún reparo...

—Por esa parte no señó; bueno por esa ni por ninguna: pero me quiéo referir a que da la casualidá de que a mi Carmen la es usté la mar de simpático y lo que pasa es que er niñito ese del señó Juan, que con tanto presumir no mata más que caracoles, pos no me la deja en pás, y, claro, la chica, eso sí, tiene muchísima educasi3n, pues no es capás, como lo sería su madre, de desirle que lo que está hase mucho tiempo es jeringando; y usté dispense.

—Entonses, tóo eso que disen las gentes de que si le tié voluntá al sobrino del señó Juan...—preguntó el carnicero.

—Lo que yo soy capás de jurarle a usté por la gloria de tóos mis muertos, es que ese mosito no ha conseguido ni conse-

guirá ni tanto asín de mi chica, porque mi chica y esto no es por alabarla, se merese muchísimo, y tan y mientras no se presente el que puea comprarla los sarsillos de brillantes, diga usté que *nanai*...

—Pues si no es más que por eso, yo la prometo a usté señá Enriqueta, que su hija de usté los habrá de lusir con este cura por tóo el globo terráqueo...

—Pues por lo que toca a mí, encantá...

—Bueno, es que no sé si s'acordará usté, que cuando el año pasao, yo encomensé a jinchar er buche y a jaserla arrullos, me dijo que ni tan siquiera volviese a arrastrar la cola por su puerta...

—Pos no he de acordarme; pero aquello fué porque usté no supo tirar como era debío los naipes...

—¿Que yo?...

—O que a lo mejor no estaban las almendras mu mollares, digo yo...

—Entonses...

—Pos es claro, ¿no ve usté que lo que quíe mi chica y lo que queremos tóos, son los caracoles pa la salsa y no la salsa pa los caracoles...

Una vez que ambas mujeres salieron

del establecimiento del señor Curro, no fiándose este de ninguno de los dependientes, salía una hora después vestido de pontifical; ya empezaba la fiesta en su corazón, en busca del abono aquel, considerando que nadie mejor que el propio interesado, para elegir el sitio más estratégico, desde donde viese sin ser muy visible y pudiera a la vez entregarse de lleno a sus requerimientos amorosos y a sus apasionados requiebros.

XVII

La Semana de Pasión tendía ya sobre todas las calles sevillanas una gasa de misticismo. La más excelsa representación del drama cristiano, atraía a las muchedumbres extasiada, ante las imágenes veneradas, que la devoción popular aureola de un prestigio milagroso y Sevilla, joya viva de fe y emoción que luce como antorcha inflamada de entusiasmo en esta época, era feliz pudiendo admirar una vez más, los Cristos famosos, las exangües, expirantes y prodigiosas esculturas de aquellos célebres imagineros de antaño, consteladas de ofrendas, que dejan siempre tras su «paso» una estela de oraciones, de anhelos y de esperanzas.

Pasaban las Vírgenes magníficas, las «Dolorosas» con rostros humanos en el

trance de su mayor angustia, las Vírgenes guapas envueltas en sus mantos de fabulosa riqueza, enguirnaldadas de joyas, impregnadas de todas las fragancias de la primavera y cuya belleza es el orgullo, el incentivo de amor, la vanidad apasionada de cada cofradía.

El alma popular, pagana, mística, fervorosa y apasionada exteriorizaba su emoción lanzando al aire las serpentinas líricas de las saetas que vibraban entre nubes de incienso, sonar de trompetas y olores bravíos de flores, que era como el sahumerio que la Naturaleza dichosa en su pujanza primaveral ofrendaba al dolor augusto del que redimió a los hombres.

Y así, exteriorizando su emoción, hirviendo como un hormiguero tumultuoso, la ciudad fanática, exaltada y ruidosa, íbanse deslizándose los días sin que aún el señor Curro hubiera podido arrancar de los labios de su adorado tormento ninguna palabra a la que pudiera agarrarse como tabla de salvación, hasta que por fin al siguiente, en el que todo un pueblo insomne se apretujaba en las calles contemplando el desfile de las cofradías de la madrugada

y el cortejo magnífico de las procesiones era como un río reluciente y fantástico, reverberante de luces, de joyas, de humos votivos y ofrendas floreales; cuando a través de la multitud hacinada, la larga hilera de las procesiones continuadas se extendía como entre murallas humanas, al solemne redoblar de los parches que acompañaban el agrio clamor de trompetas, fué entonces cuando el señor Curro vió la cúpula de aquel cielo en el que aún no había empezado a palpar la aurora, tan celeste como sus sueños ya satisfechos.

—¡Gracias, Carmela!—fué lo único que se le ocurrió decir al tiempo que estrechaba su mano—¡gracias a Tí también, Virgensita mía, Virgensita buena, gracias, gracias—y dejando resbalar sus lágrimas, movía de prisa los labios al ver aparecer entre las guirnaldas de lívidas estrellas que fingían a lo largo las luces parpadeantes de los cirios el «paso» de la Virgen de la Esperanza, la Virgen bonita y llorosa, la del cutis fino y moreno como el de una mocita macarena.

Sonreía la «Clavellina» al ver la emoción y el entusiasmo del señor Curro, que

sintiéndose dichoso evocaba su pasado, retrocediendo entonces en su vida algunos años, no tan llenos de pasión y experiencias como lo que al conjuro de aquella irresistible y embriagadora hermosura se prometía llevar apasionada y feliz.

—Ya está bien, hombre, ya está bien: no paese sino que ha venío usté de conquistar América.

—Presisamente no está usté muy descarriá, porque pa mí ha sío esto conquistar un mundo nuevo y, si no, carcule lo agusto que de aquí en adelante voy a viví junto a esa carita serrana...

—Miste, don Curro, que si aluego nos equivocáramos...

—¿Por qué como muchas veces m'has quitao er don de la palabra—dijo apeando ya el tratamiento—no me quitas ahora er don del nombre? so charranísima...

—Y usté ¿por qué no me tutea de una vés y no anda pa haserlo con tantos rodeos, so adelantao?

—¡Viva la grasía! y que esa Virgen bendiga este lazo que nos hemos echao hoy tú y yo, y que de aquí a poco apretaremos

más, y que ya nadie podrá desanuarlo, como no sea con la muerte...

La procesión, rítmica y pausadamente iba avanzando: pasaban los nazarenos, con su vela en la mano humildemente flamígera, silentes y orgullosos de su importancia momentánea, repletos de esa vanidad íntima al verse intérpretes del fervor de todo un pueblo y poco a poco fué viéndose más claro el resplandor rectangular de la floración ígnea del majestuoso «paso» de la Virgen, de esa Virgen en cuyo largo manto, manos fervorosas engarzaron las gemas de las místicas ofrendas, hasta llegar a colocarse enfrente de nuestros dos personajes.

—Mírala, Carmela, mírala—decía el señor Curro—¿no ves como paese que se quié sorbé las lágrimas pa sonreirnos?..

¡Josúl ¡Josúl; usté, por lo que yo veo está perdiíto...

—¿Y no voy a estarlo, salero? ¡si es entoavía de madrugá y er sol ha salío pa mí jase un montón de tiempol...

—Sí, hijo, sí que será pa usté solito; porque lo que es tocante a mí, estoy lo que se dise dando diente con diente...

Pos sí es que tú tienes frío—dijo cariñoso el señor Curro—ya nos estamos largando pa la Vinícola y en un sarto nos tomamos unos *chatitos*, que nos entonen er cuerpo...

—¡Qué disparate! yo no me muevo ya de aquí, ni pa un remedio.

—Pos entonses aluego, que yo no estoy a tu vera na más que pa darte gusto.

Sonrió la «Clavellina», mientras se entretenía en retorcer los cabos de su lujosa mantilla y mirándola como embobado el señor Curro, interrumpió aquel teje maneje de la muchacha diciéndola de pronto.

—¿Sabes tú una cosa?... Pues que estoy yo pensando, que mañana mismo en cuanto que me levante, lo primerito que hago es llevarle a la Virgen esta sortija—dijo mostrando un valioso solitario que lucía en su dedo anular—que se la tenía ofresía sí me consedía lo que tanto le he pedío...

—Sí que se lo merese—contestó con picardía Carmela.

Sonaron por fin los golpes metálicos del aldabón, dados por el «capataz» en las andas de la Virgen y el «paso» siguió su ruta, avanzando despacio hacia la Cate-

dral, mientras nuestro hombre, que con el consentimiento de Carmela, no cabía en sí de gozo, se dedicaba a embellecer mentalmente con las plumas más ricas el nido destinado a la mujer que iba a iluminar con su luz de aurora, el crepúsculo vespertino de su vida solitaria.

—¿Verdá que me vas a queré mucho, nena?—preguntó el señor Curro en el colmo de su entusiasmo.

—Na más que de usté depende tóo eso...

—Pues entonses, yo te prometo que vamos a ser la envidia de tóo er distrito...

—Allá veremos...

—¿Es que lo pones en cuarentena?—preguntó alarmado el enamorado carnicero...

—No, hombre, no es eso; ¿pero quién pué predesir lo que a ca uno le tié reservao Dios en este mundo?

—Es que yo te juro, que tú serás pa mí siempre er cuchillito de oro con el que yo separe y corte tóo lo que no haya de ley en mi vía, y que he de quererte más que ar mismo que pintó de encarnao el moño a los jirgueros...

—Eso quiero yo...

—Pos si eso es lo que tú quieres y yo te lo he jurao ¿por qué no hases tú lo mismo, pa que me puea yo luego endispues irme a dormí tranquilo?

Iba la «Clavellina» a quedar satisfechos los deseos del señor Curro, jurándole, lo que aunque solo por gratitud le debía, cuando de entre un grupo que se apiñaba en uno de los balcones de la plaza de San Francisco, salió haciendo vibrar la voz como una súplica lanzada a la calma extática del alba una «saeta» con temblores de copla flamenca, jadeante como un sollozo unas veces, débil como una caricia otras, bella como un piropo y ardiente como un deseo en todos sus momentos.

Madresita mía de la Esperansa
dile al Cristo de la Sentencia
que a la mujer que yo quiero
la imponga por penitensia
saber que por ella muero.

Una salva de aplausos apenas si dejó oír el último verso de aquella estrofa, que sin embargo llegó íntegra y claramente a

los oídos de la «Clavellina» como si fuera un suspiro que se elevara trémulo en una espiral sonora, como un clarín de la mística pasión, como síntesis armónica del alma torturada, que vibrante tremolara en el espacio suelta, gallarda y ondulante como una mística bandera.

Algo que no sabía explicarse, sintió al reconocer la voz de Rafaelillo y ese algo, no era otra cosa que un vivo remordimiento, una honda amargura que embargaba su espíritu, a la par que su conciencia dejábala oír su voz de acusadoras inflexiones, tachándola de no haber sabido resistir la tentación aquella que cegó sus ojos con tan bellos atavíos.

Apenas si desde aquel momento ya ponía atención en lo que le decía el carnicero, que tierno y solícito hasta el empalago, se deshacía en atenciones y feliz y satisfecho hasta la exageración, charlaba por los codos, elogiando lleno de entusiasmo aquella última «saeta» muy lejos de sospechar de la garganta que había brotado y el efecto tan doloroso que en su futura costilla había producido.

Ahora era en realidad, cuando la «Cla-

vellina» sentía un malestar y un desasosiego que helaba su sangre. En la trémula hora aquella del alba en que aún el cielo era como un manto bordado con las brillantes constelaciones sentía que se le encalabraban todos sus nervios, diluirse y perderse todos sus sueños en la azul paganía de la noche...

—¡Vámonos!—dijo de pronto— no me encuentro bien.

—Pero ¿qué te pasa?—preguntó contrariada la señora Carlota.

—Sí, hija, sí, anda, vámonos, que se t'ha puesto la cara lo mismito que los panales: ande usted don Curro, sarga usted delante a ver si poemos pasar ..—ordenó asustada la señora Enriqueta.

—Pero ¿qué es lo que t'ha entrao tan de repente?—preguntaba el señor Curro procurando a la vez hacer sitio entre la abigarrada muchedumbre que interceptaba la salida en todas direcciones.

—Na; mucho frío, así como si me estuviera entrando calentura, contestó Carmela débilmente.

—Pos vamos a aligerar, a ver si quíe

Dios que en cuanto que llegues a casa, se te pase esa rachita de viento, que debes haber cogío—repuso el señor Curro haciendo mentalmente votos a todo el Santoral para que aquello no fuese nada.

Pudieron al cabo conseguir verse libres de apreturas y cuando ya en la calle Tetuán, interrogaba de nuevo la señá Enriqueta a su hija, preguntándola como se encontraba, decía también la señá Carlota a su sobrina, cerciorada de que se encontraba más aliviada y sin que se apercibiese de ello el señor Curro.

—¡Gracias a Dios y a su resantísima Madre, que te s'han ensendío ya toas las luses que tiés en la mollera.

La «Clavellina» no contestó e inclinándose ligeramente la cabeza sobre el pecho, siguió andando hasta llegar a su casa, en donde una vez metida en el lecho, percibiendo aún los rumores ecoicos del fervoroso cortejo, quedó sumergida en hondas meditaciones sin que la fuese posible conciliar el sueño, pensando en la humana tragedia de su corazón, que presidió aquella lírica luna de Parasceve, esa luna cándida que alumbró también la mística tra-

gedia del Gólgota, mientras desfilaban las procesiones sevillanas en la diáfana madrugada del Viernes Santo...

XVIII

El proyectado enlace de la «Clavellina» con el señor Curro Monasterio, fué el tema preferido en todas las conversaciones del barrio y pronto del dominio público los más nimios detalles de la penosa odisea que llevó a cabo el ya feliz carnicero hasta obtener tan codiciado triunfo.

Empezaron las mejores prendas y alhajas de más valor de Carmela a salir de los anaqueles de los usureros para volver a su primitivo destino y pronto también empezó a formarse un reñido pugilato entre todas sus amigas, de entre las cuales si había algunas que guiadas por su alma sensible anatematizaban, quemadas de indignación, el cruel comportamiento de la «Clavellina» para Rafaelillo, otras en cambio guiadas por la experiencia de su amar-

go vivir, no dejaban de romper una que otra lanza en favor de la futura cónyugue del opulento carnicero.

—Pero, ¿qué es lo que tú querías que hisiese la muchacha?—decía una de ellas en ocasión que ayudaba a doblar una de las prendas del ajuar, que entre todas habían prometido regalarle. ¿Qué quíés tú que hisiese la pobre, estando como estaban dando cuasi ya las boqueás, y no habiéndole dicho en dispués de tóo al sobrino del señor Juan na pa que se hisiera ilusiones...

—Eso será lo que tase un sastre—contestó con acento sarcástico otra de aquellas muchachas, entretenida en sacar los hilos de una finísima tela, para convertir después aquel deshilado en una complicada vainica—¡Ni más ni menos! Cuando a una mujer no le gusta un hombre, si tié lo que debe tener, no debe jugar con él al *diábolo*...

—Vamos, que tú t'has creío que ya le había dao palabra de casamiento cuando menos...

—Pues hasta ahí podían haber llegao las cuestiones, pa dispués haser lo que ha hecho...

—Pero ¿qué es lo que ha hecho?... Enton-

ses ¿porque un hombre mire a una mujé dos veses seguías, y a la mujé l'haga grasía la manera de entornar lós ojos el hombre y se sonría sin poerlo remediá, ya tié adquirió un compromiso pa toa su vía?...

—No, señora, no es eso ni muchísimo menos, y, no es eso, porque lo que ella ha hecho, no ha sío sonreirse, sino reirse a carcajá toa una temporá?

—Eso es que te lo habrán contaó...

—Eso es lo que ha pasao, ni más ni menos.

—¡Tú que sabes!

—¿Que si lo sé?; pues claro que lo sé y sé también que es muy sierto lo que dise la copla:

Que el dinero tóo lo allana
abriendo toítas las puertas
y haciendo cerrar los ojos:
son tres cositas muy ciertas.

—No es extraño, que tú te sepas de corrió tóo eso...

—Oye; ¿y por qué me dises tú eso?

—¡Pues hija de mi armal ¡porque eso l'ha debió de pasar a tu Consolación pa

haserle cara al que quiere ser tu cuñao!...

—¡Y al que tú querías haber tu marío!...

—¿Yo a ese cabesota? ¡pero sentrañital, ¿cómo iba a querer yo eso que tú dices de un hombre que no se pué mirá el pobresillo a los pinreles porque se cae de bruses de lo que le pesa la bola?... ¿Pero es que no os habéis fijao—decía ya picada dirigiéndose a las demás—si al alma mía le ha dao Dios una cabeza que si se ponen dos barberos a pelarle se tien que dar los buenos días con alta voz?... ¡Josúl! ¡Josúl no he visto una cosa más grande en los días de mi vía...

—Yo sí, y, tú también; pero es que no quieres haber memoria, acuérdate: las calabasas que te mandó, va pa dos veranos, que eran así como pa navegar tranquila por el Guadalquivir aun cuando viniese muy revuelto.

—Las que me mandó devueltas, dirás, porque pa la frutería que iba a poner, desía que le sobraba ya mercansía con toas las bananas y los cocos que tenía a su vera...

—¿Has visto mujé, qué buena idea tuvo al cambiar de negosio? ¡porque mira que

si continúa emperrao en seguir siendo do-
maor de fieras!..

—¡Josú que grasiosal

—Gracias por er piropo, y mira que lo
siento no poder desir de tí yo lo mismo.

—Porque no eres tan embustera como
yo...

—Ni tan esaboría.

—¡Adios! que tú nasiste en una salina
de Puerto Real, cuando tu papaíto era er
propietario de cuasi tóos aquellos terre-
nos...

—Na de eso hija mía, que mi partía de
baustimo está muy requetelimpia guardá
en la parroquia de Nuestra Señora de la
O, y si tú te quiés enterá de dónde y cómo
yo nasí, preguntáselo a la señá Salú que
es la que me arrecogió cuando yo desidí
venir a este mundo...

—Repicarían ese día las campanas
¿verdá?

—No, iban a sonar los cencerros, como
creo que pasó cuando tú asomastes la
narís...

—Estaría entonces con seguriá allí pre-
sente, arguno de tu familia...

—De la tuya, rica; por algo se de-

dica a vender peines por la calle, tu tita Paula...

—Y vergüenza, que es un género que en jamás ha entrao en tu casa...

—¡Valiente! ..

—¿Valiente qué?...

—¿Pero que va a ser esto?—dijo entrando en aquel momento, la señá Salú en cuya casa tenía lugar la violenta escena entre aquellas dos muchachas de belicosa condición y ambas capaces de los mayores arrestos.—¿Pero qué se os importará en después de tóo a vosotras, digo yo, que cada cual haga de su capa una chamarreta ¿hemos a ver?...

Siguieron a pesar de la intervención de la señá Salú, arreciando las murmuraciones, y no faltó alma caritativa que hiciese llegar a oídos de la «Clavellina», todo cuanto en su honor y por su causa, se hablaba en cualquier ocasión que saliese a relucir su nombre, circunstancia que hizo exclamar a la muchacha, dirigiéndose a su madre.

—Ya lo está usted oyendo...

—Bueno y ¿qué?—contestó aquella encogándose de hombros como si en reali-

dad ningún comentario de los que pudiesen hacer la ajase una pluma del corazón.

—Pues na; pero que estoy yo pensando que cuando se entere er pobre Rafaelillo de que yo me he dao a partío con el señor Curro...

—¿Qué va a pasar? ¿va a ser menester poner una barricá en la puerta?

—No, no es eso, no señora...

—Pos entonses...

—Pues que pué ser muy capá de cumplir lo que me prometió la última ves que se arrimó a la ventana..

—¿Y qué fué ello?

—Lo que Dios quiea que no pase...

—¿Pero, es que se va a sentir flamenco er niño?

—Ojalay que así fuese, madre, ojalay, porque no sería tan peor como lo que yo me estoy temiendo...

—Pero quiés acabar de una vez...

—Pues mire usted, madre—dijo la muchacha, a la par que una nube amortiguó el divino llamear de sus pupilas—que me juró con toa la fuersa de su corasón, que si yo llegaba a jugarle una mala partía, er

primer día que torease en Sevilla se dejaba cojer der toro...

—Vamos, vamos—contestó la señá Enriqueta—¡serás pamplinoso! ¿pero es que tú crees que sea capás de semejante cosa? ¡vamos, vamos que no se diga, hija de mi arma!—prosiguió después sonriendo maliciosamente—y sobre tóo, que de aquí a entonses ya se le pasó er doló, ¡so tonta der tóo!

—Pero madre, por Dios Santo ¿es que no sabe usté que pa la segunda corría de feria toma la alternativa?

—Pos mira, mejor pa él, así con las glorias se le irán las memorias...

—No, madre, no y cien veces no.

—¿Es que vas a ver vuelto a perder tus cabales?—preguntó la vieja, ya con acento de desagrado al ver pintarse la perplegidad y el sufrimiento en el semblante de su hija.

—¡Madre! ¡Madre!

—Acaba, hija, acaba ya, de decirme que lo que a tí te pasa es que estás loca perdía por ese pinturero—insistió la señá Enriqueta con acento en que vibraba la cólera.

En tanto ocurría, lo que llevamos narrado, Rafaelillo encadenado al lecho ma-

trimonial de sus tíos, desde el día aquel en que la «Clavellina» le oyese cantar al paso de la Virgen, en la plaza de San Francisco, revolvíase lleno de sorda desesperación, más que contra la calentura que parecía querer convertirlo en pavesas, contra el médico, contra sus tíos, contra el «Virutas», que se oponían a dejarle salir y por consiguiente le impedían ver a la mujer cuyo recuerdo estremecía de ansiedad su corazón dolorido.

Durante los largos y eternos días que llevaba en el lecho, no se había apartado un punto de su imaginación la imagen de la «Clavellina» y hablar de ella con Maolillo el «Virutas» era el único consuelo, consuelo que éste a manos llenas le prodigaba, asegurándole y hasta jurándosele muchas veces, aunque al hacer esto cruzase disimuladamente los pies, ya de esta forma no tienen validez los juramentos, según la superstición les hace creer, que no había día que dejase de interesarse por él lo menos un par de veces y hasta según él había podido comprender, tenía pensado hacer una promesa por su pronto y total restablecimiento.

Estas noticias que, como blanca bandadas de palomas hacía el «Virufas» revolotear constantemente alrededor del lecho de su amigo, alentaron al enfermo durante algún tiempo, no sin que aquel sintiera y pensara a diario en las consecuencias que pudieran originar sus piadosas mentiras, suponiendo que cuanto más llenara de esperanza su corazón, más terrible sería el desencanto, por lo que comenzó muy discretamente a disminuir la cantidad de alegría que en cualquier momento derramase en el enamorado corazón de Rafaelillo.

XIX

Cuando al fin el médico ordenó que el enfermo podía salir a la calle y le fué comunicada al interesado tan grata noticia, una alegría inmensa desbordó su caudaloso raudal sobre aquel su apagado espíritu, pareciendo como si un rayo de sol primaveral hubiese ahuyentado de él, de pronto, sus pretéritas tristezas.

También fué aquello para el «Virutas» una gran alegría, si bien experimentó al mismo tiempo serios temores, pues comprendía que siendo necesario ir preparando al enfermo para recibir aquella tremenda noticia, era sin embargo fácil que pudiera con ello causar grandes estragos en aquel decaído organismo, motivo por el cual, tantas veces como se decidía a confesar la verdad a su amigo, mientras se

vestía aquella mañana, otras tantas desistía de sus propósitos.

Algo debió notar aquel en el semblante de su camarada, puesto que mirándole con sombría e interrogadora fijeza díjole de pronto:

—Sabes tú que me parece que empieza a tí a dolerte algo, ca ves que te nombro yo a Carmela...

—¡A mí dolerme hablar de esa mujer!— repuso fingiéndose profundamente sorprendido.

Rafaelillo calló; había notado lo forzado de la sonrisa de su amigo, lo fingido de su asombro, y una extraña lucidez dió a su pensamiento una penetración prodigiosa, pareciéndole escuchar una voz que le susurraba al oído: —Tu amigo te engaña; Carmela no piensa ya en tí; Carmela no te quiere; Carmela va a unirse muy pronto a otro hombre.

Ayudado por Maolillo, quiso llegar hasta la puerta para desde allí contemplar a su sabor a la mujer de sus sueños; y apesar de oponerse todos ellos a tal requerimiento no hubo manera de poderlo vencer.

No hacía mucho tiempo que se encontraba sentado en unión de su tío y del «Virutas» cuando con gran extrañeza vió como sacaban algunos muebles de la casa de la señá Enriqueta. Tal vez, hubiesen podido inventar algo con qué justificar aquella mudanza, tranquilizando así el ánimo de Rafaelillo, que ya empezaba a sospechar parte de lo que ocurría, a no ser por la inoportuna llegada del «Berrinches», el más empedernido bebedor del distrito, el cual después de hacer una profunda y cómica reverencia a todos los entonces allí presentes, díjole con acento balbuciente al señor Juan.

—Que un *divé* bendiga al viejo más barbián de mi tierra...

—Bien podías haberte queao a *sornarla* donde la pillastes—contestó desabridamente el tabernero.

El «Berrinches» con el cuerpo inclinado hacia adelante, los brazos como dos péndulos, los pies separados todo lo que daban de sí sus piernas procurando de este modo conservar el equilibrio, quedóse con estúpida expresión mirando breves instantes al señor Juan y tambaleándose sin poder-

se contener dijo después contrayendo la boca por una mueca desdeñosa:

—So esagraesío que lo parió a usté su madre, so esagraesío, sí señó, so esagraesío. Cuidiao con desirme a mí semejante insurto, a mí que jase un rato apenas si le parto las espartas al «Tiznao» porque dijo que jacía mu bien en casarse con ese bestiajo del señor Curro la hija de la señá Enriqueta...

Con el puño crispado dirigióse el señor Juan al impenitente bebedor, que no acertaba sin duda a explicarse el por qué de la acometida del tabernero, el cual tras arrojar de un vigoroso empujón al imprudente a la calle, marchó al lado de Rafaelillo que con el semblante lívido habíase puesto de un salto en pie.

—¿Aonde vas?—dijo cogiéndole suavemente por un brazo.

Miró aquel a su tío con tremenda expresión de angustia y de pronto, sintiendo desplomarse todas sus energías, abatió la frente sobre el pecho leal del anciano y rompió en histéricos, en profundos, en desesperados sollozos.

—Vamos, hijo, vamos—insistía el viejo

parpadeando fuertemente como para cerrar el paso a las lágrimas—vamos a tener una miajita de *condinga*, que ninguna mujé, pero que ninguna, se merese que un hombre como tú se moje por móo d'ella, ni tan siquiera una pestaña...

Rafaelillo, desde el día en que la imprudencia del «Berrinches» le pusiera al corriente del proyectado enlace de Carmela con el carnicero, había caído en un mutismo casi absoluto, del cual solo conseguía sacarlo, alguna que otra vez, el «Virutas», que se pasaba junto todas las horas de que podía disponer, esforzándose en paliar el dolor de tan incurable herida.

Las palabras de Maolillo dulcificaban un tanto la rigidez casi tetánica que pusiera en su alma el desencanto y lentamente empezó a sentir como si su espíritu, cansado de bucear en la sombra, quisiera volver de nuevo a la superficie, ansioso de paz, ansioso de luz y sediento de alegrías.

Erale grato ya, dejarse arrastrar por su pensamiento y entretenerse en recorrer de nuevo con melancólica complacencia las lejanías azules de sus recuerdos, el

espléndido panorama de la sierra natal, de aquella que recorriera tantas veces en la mano la escopeta y con la copla en los labios; el alegre caserío blanqueado acá y allá, ora entre las espléndidas marañas de una vegetación silvestre y exuberante, ora entre las rojizas tierras labrantías arañadas por el corvo pico del arado; los molinos ribereños sombreados por árboles frondosísimos; los bancales de sus huertas y el espeso tarajal en los que parecían reír con labios rojos y con labios nevados las adelfas y rosales.

A Rafaelillo parecía entonces respirar mejor paseando mentalmente por aquellas sendas cubiertas a un lado y otro por pitas y chumberas, sesteando con el pastor a la sombra de los árboles más copudos, bebiendo el agua fresca y murmurante del manantial y sobre todo viendo ante él la figura gentil de María Rosa, el infinito dulzor de sus ojos pensadores, el rojo amapola de sus labios en que jamás la risa desbordó su sonoro raudal y el tostado cálido de su tez, oscurecida por los ardientes besos del sol y los fustazos del viento.

Rafaelillo ante la imagen de María Rosa, sentía que un vivo remordimiento apoderábase de él, al recordar su crueldad y sus desdenes para con aquella hembra tan hermosa y tan esclava del infortunio y una serie inacabable de proyectos redentores, tomaban por asalto su imaginación. Pero cuando más convencido se creía de que ya su amor a Carmela habíase hundido para siempre como un bajel náufrago, en el hondo mar del desencanto, de pronto una súbita transformación se operaba en su ser y brusca y briosa surgía de su clausura la imagen de aquella que le miraba con sus ojos sensuales y maliciosos; y al conjuro de visión tan bella, un dardo incandescente parecía clavársele en mitad del pecho, al pensar que todo aquel tesoro de hechizos, del que soñara ser único poseedor, iba a ser muy en breve del señor Curro, de aquel hombre al que, a poder en aquellos instantes, despedazaría entre sus manos crispadas.

Fueron pasando los días en este constante tira y afloja de sus pensamientos, cuando una mañana más temprano de lo que acostumbraba a visitar a Rafaelillo,

presentóse el «Virutas» vestido de pontifical y más contento que unas pascuas.

—Camará, chiquillo y las ganitas que tenía yo hoy de verte.

—Pues qué pasa, pa que vengas como aquel que dise cuasi con la lengua dándote en er pecho.

—¿Que qué pasa? Pues casi na; que esta mañana han apareció ya puestos los carteles y pa que te voy a contá lo que a mí m'ha entrao cuando he visto tu nombre con con ca letras así de grande...

—Y esa era toa la buena noticia...— contestó despectivamente Rafaelillo.

—¿Es que a tí no te alegra?

—Me es lo mismo...

Una esperanza que tuve
como el cristal se rompió
ninguna la substituye...

—Eso es una trola que si se empieza a estirá, a estirá, da guita pa medir dos veces la Giralda.

Pero no, no era mentira que todo aquello ya le era indiferente y su fantasía en aquellos momentos empezó sin poderla contener a galopar alocadamente y diva-

gando empezó entonces a evocar los futuros días de gloria en que los aplausos hubieran sido himnos de triunfo y el oro el hilo con que tejiera el tapiz que hubiera puesto a los pies de aquella mujer con la que a todas horas soñaba.

Mas si al principio fué incredulidad temerosa, como si aquello fuese solo una pesada broma, o solo se tratase de un sueño, tuvo al fin que convencerse de que era una cruel realidad y para suplicio suyo saber que el día señalado para tomar él la alternativa era también el elegido por Carmela para unirse con aquel hombre, que hacia inflamarse en locas llamaradas de ira a su corazón y en un incendio de apoteosis correr por toda su vida un río de odio.

Por eso, apenas si al ver su nombre impreso en el cartel de feria, sintió el triunfo de su vanidad profesional de novillero, convertido por arte y gracia de su protector, en matador de toros; recibiendo la alternativa nada menos que de manos del primero de los toreros. ¿De qué y pa qué le servía ya aquel encumbramiento? Era ya tarde; ni su pundonor, ni su porvenir, ni

su bienestar, le interesaban, porque ya su vida estaba convertida en cenizas, que el huracán pasional aventaba al aire.

Impresiones vagas y heterogéneas, agitaron su espíritu durante aquellos quince o veinte días, con vaivenes de marea, sintiendo una vaga inquietud a medida que se aproximaba el día fatídico de la corrida, y en vez de halagarle las exhibiciones y las alabanzas de los aficionados; en vez de conmovirse y pensar con alegría, como en otras ocasiones con la música de las charangas, que era siempre como un saludo triunfal a su salida al ruedo, sintiendo ahora en algunos instantes fundirse toda su bravura, a serle posible hubiera querido retardar aquel momento en que había de sonar en sus oídos, como el «Ave César» de los gladiadores que marchaban a la muerte.

XX

Al fin llegó el día supremo; un cielo esplendente y azul servía de toldo a la Maestranza y en la bárbara y radiante crudeza del sol resplandecían todos los tendidos como un revuelto oleaje, donde la vida hubiese vertido sus tintas más deslumbradoras. Era la segunda corrida de Feria y una verdadera borrachera de mantillas y mantones de Manila ponían una policromía de colores en todos los palcos y los abanicos moviéndose a compás daban la sensación de ser aquello un hormiguero iluminado.

De vez en cuando algún chaparrón de anuncios que tiraban desde los tendidos o palcos caían sobre los espectadores, algunos de los cuales, no sentados aún, procuraban encontrar su acomodo: los vendedo-

res voceaban sus mercancías; cada nueva hembra que aparecía por acá o por allá era acogida con una explosión de requiebros y en vano procuraban los guardias despejar el callejón que invadían en tropel los menos prudentes.

Abrióse por fin la puerta de los corrales y al compás de un pasodoble valiente desfilaron con paso airoso las cuadrillas. Una salva de aplausos recibió a los matadores. Entre Belmonte vestido de azul y oro y Antoñito Posadas de oro y gris, iba Rafaelillo vestido de rojo, con ricos bordados y relucientes alamares.

Caminaba despacio, como si una preocupación, aun en aquellos instantes embargase su espíritu. Llegado que hubieron a la Presidencia quitáronse las monteras en cortés alarde al par que se inclinaban con ingénita elegancia y un minuto después arrojaban los capotes de lujo a sus respectivos amigos que los colocaban en la contrabarrera a modo de vistosas colgaduras.

Restallaban los látigos en las agudas orejas de los poderosos machos que momentos después arrastrarían al infortunado bruto y a un que otro pobre caballo, y ya

uno de los alguaciles a galope tendido, se dirigía a entregar la llave para dar la salida al primero de la tarde.

Sentado Rafaelillo en el estribo de la barrera, quiso rescatar su pensamiento de aquel torbellino y para conseguirlo pensó en María Rosa; pero la imagen de ésta que iba poniendo una nota sombría en su espíritu, desapareció asustada al sonar el toque de clarín para dar salida al primero del Conde de la Corte, que de un ciego impulso se precipitó en medio de la plaza, quedando después inmóvil y amenazador. Era un magnífico ejemplar, cárdeno, gordo, y de afilados pitones. Unos cuantos capotazos de los ayudantes y enseguida Rafaelillo a su encuentro, sobre el que se dirigió el animal con bárbaro furor.

Cada lance de capa era un olé que resonaba en la plaza: no podía darse nada más templado ni más ceñido; al rematar cada verónica el público de pie tributaba una delirante ovación al novel diestro, que sentía hervir su sangre en las venas.

Como avergonzado el toro de verse burlado tantas y tantas veces, huyó de aquel sitio, encontrándose en aquella sali-

da frente a un picador; tras mirar un momento a aquel grupo, arrancó con toda su pujante fiereza, formando durante breves instantes, picador, caballo y toro, una sola masa de la que manaba la sangre en raudal repugnante e inhumano, hasta que deshaciéndose al fin, fueron a parar contra la barrera, el infortunado animal ya agonizante en doliente cocear y el centauro, ileso por milagro en grotesco gatear, preso bajo la armadura del pesado caparazón. Un quite oportuno de Rafaelillo, una verdadera filigrana que remató magistralmente y una salva de aplausos del público, al que totalmente tenía ya ganado.

El «Virutas» con las uñas clavadas en la madera de la barrera, sentía que el corazón se le quería salir del pecho, que sus ojos se nublaban de lágrimas, que flaqueaban sus piernas y una atroz sensación, no sabía si de malestar o de placer invadía por momento. Cada vez que Rafaelillo pisaba en el mismo terreno del toro, se le paralizaba la sangre; antojábasele entonces aquel bicho con el que luchaba su amigo un verdadero monstruo, que echaba fuego por ojos y nariz: quería gritar y la voz no

le salía de la garganta, quería que terminase aquella faena y sin embargo deseaba al mismo tiempo continuase, porque borracho de entusiasmo, le parecía que el público no aplaudía lo bastante.

Cuando Rafaelillo ahogado por la fiebre que abrasaba su sangre, fué junto a uno de los burladeros para remojar sus labios resecos y sangrantes, Maolillo se arrojó precipitadamente en sus brazos.

—¿No l'has visto?—preguntó con acento reconcentrado.

—¡No! ni farta—contestó secamente el «Virutas».

—¡Sí hace farta! ¡más farta que nunca!—repuso el torero lleno de vaga inquietud.

—¿Pa qué la quieres?

—¡Pa cumplirla lo que l'he prometí!—contestó a media voz, demudándosele el semblante.

—¡Vamos, tú!... ¡a lo que estás y na más!... ¿estamos?

Rafaelillo nada contestó: sentía una angustia, una ansiedad que le desgarraba el alma, algo en lo más hondo de su pecho que forzajeaba por quitarle la respiración. Se le aparecían las imágenes de María

Rosa, de sus padres, aquellos pobres viejos que esperaban ansiosos y temblando la feliz o fatal noticia; la de su tío Juan, que en contra de su costumbre, los días en que él toreaba, ni siquiera probaba bocado, y todas se le aparecían suplicantes, angustiosas, tendiéndole los brazos

Maolillo, también pesimista en aquella ocasión, lleno de grandes temores, reconcentrado y con el brazo puesto sobre los hombros de su amigo, apenas si prestaba atención al curso de la lidia, ni a los gritos del público que ensordecían el espacio, loco por el entusiasmo.

Sonó por fin la hora suprema. Como la trompeta del juicio final, sonó en los oídos de Rafaelillo el toque de clarín que avisaba a la muerte, y como envuelto en densas nubes vió acercarse a Belmonte, al maestro, al gran torero con los trastos de matar en la mano, que él lentamente recogió, entregando su capote.

Miró por última vez al único palco que quedaba vacío y al que él suponía tendría que ocupar la «Clavellina». ¡Nada! Un desaliento le invadió entonces, dirigióse pausadamente al palco presidencial en el

mismo instante que se cubría la baranda de aquel otro con un enorme y extraño pañolón de Manila de un verde rabioso florecido de enormes rosas encarnadas, apareciendo detrás como una evocación Carmela la «Clavellina» al lado del señor Curro Monasterio.

—¡Por fin!..

Y marchando después hasta colocarse enfrente brindó el toro a aquella mujer que con sus ojos verdes y altivos de reina de leyenda, contempló la escena sintiendo un estremecimiento que onduló por todo su cuerpo. Aunque todo el público había prestado atención, lo hizo tan bajo, tan inteligible, tan imperceptiblemente que nadie pudo entenderlo, aunque sí es seguro que aquel brindis, fué como salutación de despedida, y posible que en su desolación y obsesionante locura dijera entre dientes: —¡Ya ha llegado la hora!

Cuando Rafaelillo se dirigió al toro, que crecido al castigo de las banderillas escarbaba la arena tirando derrotes sin moverse del sitio apesar de los capotazos de los peones, hizose en la plaza el silencio precursor de las grandes faenas. Podía

decirse que se oía el latido de los corazones de los espectadores, que estaban pendientes de los movimientos del gran torero, el cual empezó su faena con un pase por alto templado y suave para seguir después con otros de distintas marcas, todos ellos entre los pitones, haciendo alarde de valor y de menosprecio a la vida.

Atontado el bicho no tenía más remedio que obedecer al mandato imperioso de la maravillosa muleta de Rafaelillo. El público no podía jalearse más al diestro al ver como en aquella crisis de valor temerario, toreando muy cerca, muy ceñido dejaba una y cien veces que los pitones le rozasen la taleguilla.

También Maolillo el «Virutas» como si estuviera embobado, sorbiéndose las lágrimas unas veces, abrazando lleno de alegría a todo el que hallaba a su paso, otras, corría por el callejón, gritando con toda la fuerza que le permitían sus pulmones.

—¡Olé por los mataores!... ¡así es como se torea!... ¡así!... ¡vivan tus reños!...

Pero cuando el entusiasmo, la locura, el vértigo, la emoción llegaba a la apoteosis, a lo inconcebible, a lo inenarrable,

viendo como las astas del toro desflecaban los alamares de su traje torero, jugando con la muerte aquel hombre que parecía desafiarla, vencéndola en todo momento y el público se rendía tremante de entusiasmo ante la faena aquella en la que el fatalismo vidente del pueblo presentía una tragedia, el «Virutas» dándose al fin cuenta de lo que pretendía su amigo, previniendo una inevitable desgracia, saltó sin poderse contener al ruedo y llegando en alocada carrera hasta donde, a dos palmos del toro, estaba Rafaelillo dijo abrazándose a él:

—¡Rafaelillo por tu madre! ¡eso no!

—¡Suelta!—gritó colérico, pretendiendo deshacerse de los brazos de su amigo, que pugnaba a la vez por retirarle de aquel peligro.

—¡Por ella; haslo por ella, Rafaell ¡no seas loco!

—¡¡Pues por ella lo hago, por ella que juré daría mi vida!.. ¡Suelta!—rugió ya amenazador encarándose con Maolillo, al que el público asombrado primero, indignado después, chillaba, apostrofaba, arrojándole almohadillas y groserías.

—¡Fuera!

—¡A la cárcel!

—¡Sinvergüenza!

—¡Fuera!

Y ante el aluvión de proyectiles que empezaron a caer en la plaza, el toro extrañado miraba indeciso a un lado y otro sin moverse. Maolillo, resistiendo cuanto podía, llorando, no como hacía un momento, de emoción, sino llorando esta vez de indignación, de dolor y de vergüenza, era sacado a empujones por dos guardias para ser conducido a la Cárcel al mismo tiempo que una voz fuerte y vibrante sonaba desde los tendido.

—¡¡Ahor!!..

El eco de aquella voz repercutió en el corazón de Rafaelillo, el cual volviendo la cara hacia el palco donde estaba la «Clavellina» enviola con los ojos el supremo adiós, que revoloteando como un pájaro herido fué a posarse sobre aquellos labios tan ardientemente por él deseados.

Y tirándose recto como una vela, sin hurtar el cuerpo, sin esquivar la muerte, el acero que relampagueó un punto en el

espacio, hudióse en las mismas péndolas del pobre bruto.

Toda la plaza fué un alarido; pero un alarido de dolor y de angustia, porque Rafaelillo a modo de un trágico y grotesco pelele, que hubiesen vestido de seda y oro, fué volteado en los aires y paseado después en los cuernos del toro como sangriento trofeo, hasta caer pesadamente en la arena como un pobre y miserable guiñapo.

Desalentada, como loca, echó a correr una mujer por las galerías de la plaza. Era María Rosa que antes de que llegara a la enfermería el desarticulado cuerpo de Rafaelillo, conducido en hombros de los monosabios, sobre cuyos rojos trajes se destacaba aún más la palidez verdosa de su cara; antes de que llegara aquel trágico cortejo ya estaba esperándole ansiosa, desafiando con la mirada, con el gesto y con la actitud a cuantos se oponían a que permaneciese allí dentro.

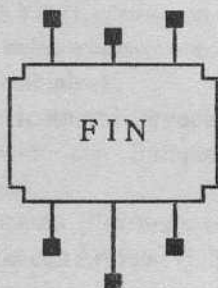
Fueron muy breves los momentos: Rafaelillo apenas si llevaba ya vida cuando fué recogido de la arena; pero aún tuvo fuerzas para coger una mano de la moza que estrechó con pasión, y aún tuvo alien-

tos para que sus labios murmurasen quedamente un nombre: ¡«Clavellina»!

Fué entonces cuando María Rosa, la moza garrida, la moza buena, la moza leal y mártir, roja de dolor y de vergüenza, anonadada, vencida ante aquella realidad, tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para tenerse en pie y seguir al lado de aquel hombre que agonizaba en sus brazos, después de haber destrozado ciegamente su corazón, como en la plaza, el toro, la fiera menos fiera, iba a morir también a la querencia de un caballo al que momentos antes destrozara su bárbara fiereza.

Y olvidando unos instantes, el doliente y trágico cuadro de adentro, ante aquel grupo de brutal belleza, bajo el cielo azul y esplendente de aquella tarde abrileña, la embriaguez de sol y de entusiasmo, de luz y de sangre, arrancaba de todos los ámbitos del Circo un horrisono clamoreo que repercutía en los oídos de la «Clavellina», la cual fría y en una tensión de arco estaba ya metida en el *Hispano* para momentos después correr desenfrenadamente y como aquellas emperatrices de leyenda,

que si no mataron dejaron morir, poner lejos, muy lejos su nido de amor, cuyo lecho nupcial se alzaría siempre sobre la sombra y el recuerdo de una vida deshecha..



OBRAS DEL MISMO AUTOR

LOS INCURABLES (Novela).

CORAZONES ERRANTES (Novela).

ROSARILLO LA GOLONDRINA (Novela).

OTRO CASO PASIONAL (Novela).

EL PRÍNCIPE LOCO (Novela).

EL OTRO YO (Comedia en dos actos
en colaboración con Enrique
G. Rubiales).

SER UN HOMBRE (Zarzuela en colaboración con Enrique G. Rubiales).

LOS SUICIDAS (Entremés en colaboración con Enrique G. Rubiales).

EN PREPARACIÓN

CON LAS ALAS ROTAS (NOVELA).



ESTA NO-
VELA HA SIDO
IMPRESA EN LOS TA-
LLERES TIPOGRÁFICOS DE LOS
SRES. RODRÍGUEZ, GI-
MÉNEZ Y C.ª, EL
AÑO 1929.

PRECIO: 3'00 PTAS.

PRECIO: 3'00 Ptas.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 596 | Precio de la obra

Estante . 2 | Precio de adquisición

Tabla... 6 | Valoración actual

Número de tomos.

BAV

LA

DN



MARAHONA

LA SEGUNDA
DE FERIA

196.